



ARMAS Y LETRAS

Ayuntamiento de Madrid

Comprar todas las semanas los tomos de la
"Colección Misterio y Aventuras"

que publica

EL FOLLETIN

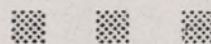
En ellos encontraréis las obras de mayor entretenimiento, interés y emoción.



Cada volumen una novela completa con preciosas ilustraciones de los mejores dibujantes 50 cts. en toda España.

Podemos servir colecciones de la 1.^a época de EL FOLLETIN a 40 cts. ejemplar.

EL FOLLETIN se vende en todos los puestos de la península y en la Administración Talleres de Prensa Nueva, Calvo Asensio, 3.--MADRID



ARMAS Y LETRAS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

1,85 ptas. al mes - 5,50, trimestre -
— 11,00, semestre - 22,00, año. —
Extranjero, 20,00 ptas: semestre

REVISTA DECENAL ILUSTRADA

20 Diciembre 1925

TALLERES: CALVO ASENSIO, 3

Oficinas: Duque de Osuna, 3, pri.

MADRID

APARTADO DE CORREOS, N.º 8.043

Año VI

DIRECTOR PROPIETARIO:

Vicente Valero de Bernabé

REDACTOR JEFE:

Antonio Valero de Bernabé

N.º 123



El hombre del "Archangel"

(Continuación.)

jardineros salían a las puertas de sus estufas para mirar al que ellos conocían, a pesar de la distancia, y apodaban "el loco lord de Mansie". Pero esos paseos eran escasos, pues escogía, con preferencia, las regiones de mi propia playa, que recorría calmando mi espíritu con tabaco fuerte y haciendo del Oceano mi amigo confidente. ¿Qué compañero iguala al in-

tranquilo y agitado mar? ¿Qué humano no simpatiza con él al contemplarle? Nadie puede lograr una dicha mayor a la experimentada oyendo su interminable murmurar y viendo correr las olas verdes con su cresta, donde fulgura el sol. Pero cuando las olas se tornan grises y se enfurecen, y los vientos rugen levantándolas con esfuerzos tumultuosos, sienten las almas de los hombres que hay algo en la Naturaleza la bahía de Mansie está en calma, parece una sábana de plata, clara y brillante, rota únicamente por una punta de tierra que sobresale del agua semejando el lomo ondulante de un monstruo dormido, y que los pescadores conocen por el peligro de sus rocas y leza tan triste como sus propios pensamientos. Cuando el aire sopla del Oeste rompen sobre él las olas ri-giendo como el trueno y llega la espuma hasta mi casa y hasta los montes que están detrás. Bahía noble ésta, pero demasiado peligrosa para los pescadores que han de cruzarla cuando el viento es Norte u Oeste. Hay en este solitario paraje mucho romanticismo; cuando en los días de calma eché mi lancha y miré al fondo, ví más de un pez fantástico que a mí se me antojaban no descubiertos por los naturistas, y que mi imaginación erigía en genios de la desolada bahía. Yo mismo he oído, en una ocasión que estaba

PELETERIA DEL RIO

Altas novedades de la actual temporada

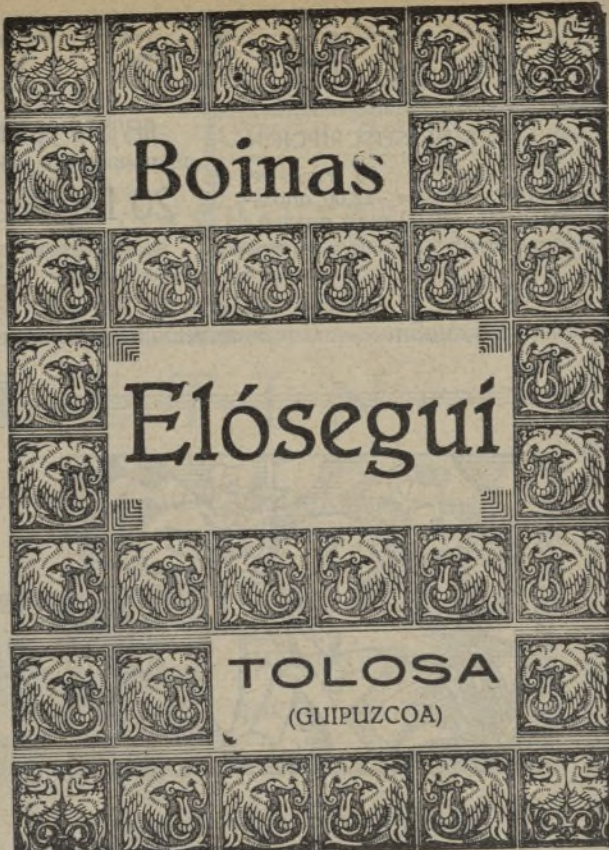
en Abrigos, Chaquetas, Renards y Echarpes.

Bonificación a las señoras de los militares

PROVEEDOR DE LA COOPERATIVA DEL MINISTERIO DE LA GUERRA

Infantas, 38.-MADRID

parado en la orilla, un sublime lamento de mujer que, saliendo de las profundidades vibró en el ambiente tranquilo, ya elevándose, ya apaciguándose, y oscilando durante un espacio no menor de treinta segundos. Así, en aquel sitio extraño, con los montes eternos a mi espalda y el eternal Océano a mi frente, pensé y trabajé durante años sin que ningún hombre me acompañara ni molestase, pues discipliné tan excelentemente a mi criada vieja que no despliega los labios ante mí, aunque no dudo que en las dos visitas anuales que hace a sus parientes desatará su lengua resarciéndose del silencio forzoso. Llegué a olvidar que era miembro de la familia humana y vivía sólo con los muertos, cuyos libros no abandonaba, cuando ocurrió un incidente que volvió a ensombrecer mis pensamientos. A tres días desapacibles de junio sucedió uno de calma y tranquilidad, sin el más leve soplo. El sol fué ocultándose tras nubes que empurpuró, y la suave superficie de la bahía estaba cruzada por líneas escarlata. Los charcos que la marea dejara esparcidos por la playa, semejaban charcos de sangre en la arena amarilla, como si por allí hubiera pasado un gigante herido. Al anochecer se divisó una negrura que no presaguiaba nada bueno, aunque el termómetro no había subido aún. A eso de las nue-



Boinas

Elósegui

TOLOSA
(GUIPUZCOA)

LÁ PAPELERA DE CEGAMA
— S. A. —
FABRICA DE PAPEL CONTINUO
CEGAMA
(GUIPUZCOA)

□

PAPELES DE EDICION -- LITOGRAFIA
Y DE ESCRIBIR
DIBUJO -- SECANTE
PLUMA -- BARBA
PERGAMINO Y REGISTRO
PAPELES RAYADOS
LISOS -- VERJURADOS
Y CON FILIGRANAS
ESPECIALIDAD EN PAPELES TELA
• Y CARTULINA •

ve comenzó a gemir el mar como sabiendo que era llegada la hora del dolor; a las diez comenzó una brisa fresca del Este, y a las once reinaba ya la tempestad, que tomó a media noche un incremento que yo no había conocido jamás en aquella costa. Cuando me acostaba, batían la arena y las algas, contra los cristales y el viento bramaba como un alma en pena. Pero los ruidos de la tempestad eran para mí arrullos, pues sabía que los muros de mi casa resistirían sobradamente, y lo que ocurriera por el mundo no me importaba en absoluto. La vieja Margarita estaba acostumbrada, en tales casos, a guardar el mismo silencio que yo; por esto fué gran sorpresa para mí ser despertado a eso de las tres de la mañana por un repiqueteo en mi puerta, y el cascado llanto de mi ama de gobierno. Salté de mi hamaca y le pregunté qué le ocurría.—¡Amo, amo!—gritó en su horrible dialecto.—¡Baje usted, señor, baje usted! Hay un barco entre los arrecifes y piden socorro. Se van a ahogar. ¡Oh, amo, baje usted!

—¡Cállese la lengua, vieja!—grité enfurecido.—¿Qué le importa que se ahoguen o no? Vuélvase a la cama y déjeme en paz—y torné a acostarme.

Esos hombres—me dije—no tienen más remedio que sufrir las angustias de la muerte. Si se salvan

Los 3 productos absolutamente imprescindibles para un buen ganadero.

*¡ Si U. lo es,
adquiéralos! ¡*

**Resolutivo
Rojo Mata**

**Anticólico
F. Mata**

y

**Cicatrizante
Velox**



ahora, tendrán que encontrarse en el mismo trance dentro de unos años. Es preferible, pues, que mueran ahora, ya que de todas maneras han de sufrir el terror. Con este razonamiento hice lo posible por pacificarme y dormirme nuevamente, pues la filosofía, que nos enseña a considerar la muerte como un pequeño y trivial incidente en la eterna y no interrumpida carrera del hombre, me ha enseñado también a no sentir curiosidad por lo que pueda ocurrirle al resto del planeta. En aquella ocasión noté, sin embargo, que la vieja levadura fermentaba en mi alma. Me volvía de un lado a otro procurando desechar los impulsos del momento, firme en la consigna que me impuse durante los largos meses de meditación, cuando oí entre la gritería un estampido que reconocí como un cañonazo de alarma; siguiendo impulsos irremediables me tiré de la hamaca, y encendiendo mi pipa salí a la playa. La arena me azotó la cara y las chispas de mi pipa saltaban detrás de mí bailando fantásticamente en la oscuridad. Fuí hacia donde el oleaje rompía con estrépito, y cubriendo mis ojos con las manos para resguardarme del agua salada, miré al mar. No podía distinguir y,

sin embargo, oía gritos y llantos que traía el viento hasta mí. De pronto distinguí una lucecilla en el barco, y acto continuo se iluminó la bahía con una vívida luz roja; estaban a bordo produciendo fuegos de señal. El navío estaba recostado sobre sus vigas costaleras en el centro del arrecife, de tal manera inclinado, que yo podía ver todo el suelo de cubierta. Era una goleta de dos palos, de aparejo extranjero, y estaba a unas doscientas yardas de la costa.

Los mástiles y cuerdas resaltaban destacándose de la luz vivísima. De la negrura llegan sin cesar olas negras, sin intervalos, encrespadas, espumeantes; según iban llegando al círculo de luz parecían cobrar más impetuosidad, más furia, y saltaban sobre sus víctimas con un estallido horrible. Veía distintamente diez o doce marineros agarrados a los obenques, volviendo hacia mí sus caras de terror, cuando la luz les descubrió mi presencia, y tendiéndome los brazos suplicantes. Sentí indignación por aquellos pobres gusanos desolados. ¿Para qué intentaban escapar del inevitable asedio de la muerte, si todo, por grande y noble que sea, ha de sufrirlo? Entre ellos

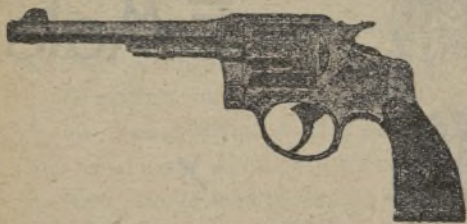


PARA HOMBRES

Ayer ventrudo,
hoy enjuto,
es que uso
la **FAJA DE JUSTO.**

Carmen, 10.--MADRID

Últimos modelos de Corsés para señoras y niños



NUEVO REVOLVER PATENTADO "MILITAR-ESPAÑOL"

DE CILINDRO OSCILANTE

Calibre 9 m.m. Campo-Giro, cartucho reglamentario
en el ejército español.

El cilindro con dispositivo especial invención de la casa, permite disparar y extraer cómodamente el cartucho 9 m.m. Campo-Giro. Esta arma poderosa y modernísima es ideal para el militar español.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES ARMERIAS

Remítanos el prospecto con agrado, pídalo y su explicación dirá a usted lo que esta arma

GARATE, ANITUA Y C.^{IA}-EIBAR.-Apartado 2.

COMPañIA TRANSATLANTICA

SERVICIOS DIRECTOS

LINEA A CUBA-MEJICO

Servicio mensual saliendo de Bilbao el día 16, de Santander el 19, de Gijón el 20, de Coruña el 21 para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, para Coruña, Gijón y Santander.

LINEA A PUERTO RICO, CUBA, VENEZUELA-COLOMBIA Y PACIFICO

Servicio mensual saliendo de Barcelona el día 10, de Valencia el 11, de Málaga el 13 y de Cádiz el 15, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, La Guayra, Puerto Cabello, Curacao, Sabanilla, Colón, y por el Canal de Panamá para Guayaquil, Callao, Mollendo, Arica, Iquique, Antofagasta u Valparaíso.

LINEA DE FILIPINAS Y PUERTOS DE CHINA Y JAPON

Siete expediciones al año saliendo los buques de Coruña para Vigo, Lisboa, Cádiz, Cartagena, Valencia, Barcelona, Port Said, Suez, Colombo, Singapoore, Manila, Hong-Kong, Shanghai, Nagasaki, Kobé y Yokohama.

LINEA A LA ARGENTINA

Servicio mensual saliendo de Barcelona el día 4, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires. Coincidiendo con la salida de dicho vapor, llega a Cádiz otro que sale de Bilbao y Santander el día último de cada mes, de Coruña el día 1, de Villagarcía el 2 y de Vigo el 3, con pasaje y carga para la Argentina.

LINEA A NEW-YORK, CUBA Y MEJICO

Servicio mensual saliendo de Barcelona el día 25, de Valencia el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30 para New-York, Habana y Veracruz.

LINEA A FERNANDO POO

Servicio mensual saliendo de Barcelona el día 15 para Valencia, Alicante, Cádiz, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, demás escalas intermedias y Fernando Póo. Este servicio tiene enlace en Cádiz con otro vapor de la Compañía que admite carga y pasaje de los puertos del Norte y Noroeste de España para todos los de escala de esta línea.

AVISO IMPORTANTE

Rebajas a familias y en pasajes de ida y vuelta.—Precios convencionales por camarotes especiales.—Los vapores tienen instalada la telegrafía sin hilos y aparatos para señales submarinas, estando dotados de los mas modernos adelantos, tanto para la seguridad de los viajeros como para su confort y agrado.—Todos los vapores tienen médico y capellán.—Las comodidades y trato de que disfruta el pasaje de tercera, se mantiene a la altura tradicional de la Compañía.—Rebajas en los fletes de exportación.—La Compañía hace rebajas de 30 % en los fletes de determinados artículos, de acuerdo con las vigentes disposiciones para el Servicio de Comunicaciones.

SERVICIOS COMBINADOS

Esta Compañía tiene establecida una red de servicios combinados para los principales puertos, servidos por líneas regulares, que le permite admitir pasajeros y carga para Liverpool y Puertos del Mar Báltico y Mar del Norte; Zanzibar, Mozambique y Capetown; Puertos del Asia menor, Golfo Pérsico, India, Sumatra, Java y Cochinchina; Australia y Nueva Zelandia; Ilo Ilo, Cebu, Port Arthur y Vladivostok, New Orleans, Savannah, Charleston, Georgetown, Baltimore, Filadelfia, Boston, Quebec y Montreal; Puertos de América Central y Norte América en el Pacifico, de Panamá a San Francisco de California; Punta Arenas, Coronel y Valparaíso por el Estrecho de Magallanes.

SERVICIOS COMERCIALES

La Sección que para estos servicios tiene establecida la Compañía, se encargará del transporte y exhibición en Ultramar de los Muestras que le sean entregados a dicho objeto y de la colocación de los artículos, cuya venta, como ensayo, desean hacer los exportadores.



FABRICA DE GORRAS DE UNIFORME

GORRAS KAKI ULTIMOS MODELOS • ROSES • GHACOTS • KALPANTS

F. VILLAVEVERDE

Calle Mayor 39. MADRID Envíe a Provincia

BORISOL ANTISÉPTICO Y
DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos génito-urinarlos.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

IMPERMEABLES

de las mejores fábricas, se hacen a medida para señores Jefes y Oficiales.—Precios sin competencia.—FRANCISCO FERNANDEZ.—Caballero de Gracia, 2 al 6 (esquina a Montería), MADRID.
Teléfono 39-50 M.

CALZADOS ATLANTA

FABRICACION PROPLA

PROVEEDOR DE LA COOPERATIVA
- DEL MINISTERIO DE LA GUERRA -

ESPECIALIDAD EN MEDIDAS

VENTAS AL CONTADO A LOS SEÑORES MILITARES, CON 10 POR 100 DE DESCUENTO

SAN MARCOS NUMERO. 37.—MADRID

había uno que me interesó más que los restantes: era alto y estaba retirado de los demás guardando el equilibrio sobre el navío, como si desdeñara las cuerdas y baranda del barco donde podía agarrarse.

Tenía las manos cruzadas a la espalda y la cabeza caída sobre el pecho, pero hasta en quella angustiosa actitud había algo que determinaba la decisión y no parecía muy dispuesto a dejarse dominar por desesperaciones. Le ví que miraba en derredor, en todos sentidos, como pensando en la posibilidad mejor de escapar; pero aún en medio de la tempestad y buscando la salvación, no me imploraba ayuda, quizá por respeto a sí mismo. Silencioso, taciturno, inmutable, miraba el mar tenebroso y esperaba lo que la suerte le deparase. Pensaba yo aquella situación se resolvería pronto, cuando llegó una ola que sobresalía sobre las otras, como el pastor tras el rebaño, y cayendo sobre el navío, hizo crujir el trinquete, que se partió de cuajo, y los hombres que se aga-

rraban a los obenques fueron barridos como si fuesen moscas. En medio de un estrépito horrible se abrió el barco en dos, materialmente aserrado por la loma del arrecife. El hombre que estaba solo sobre la proa cruzó entonces rápido la cubierta y cogió un bulto blanco que ya había yo distinguido, pero sin poder precisar lo que era. Al levantarlo ví que aquello era una mujer con un remo atado de través a su cuerpo, bajo los brazos, de manera que la imposibilidad de quedarse sobre el barco. La contes-
ducía con ternura y hablóla como explicándole la imposibilidad de quedarse sobre el barco. La contes-
tación de ella fué singular, pues la ví levantar la mano y cruzarle la cara. El pareció dudar un instante viendo la acción aquella, pero la habló nueva-
mente, explicándola, según podía deducirse de los mo-
vimientos, lo que debía hacer una vez en el agua. Ella se retiró, pero el hombre la cogió en brazos e inclinándose sobre ella la besó en la frente con apa-

CREMA (SNOW)

MENTOLADA - FRESQUISIMA

SIN GRASA NI BLANQUETE



✦ Única para masaje después de afeitarse ✦

SIN RIVAL PARA IRRITACIONES

DE LA PIEL - GRANOS - HERPES

ESCOCEDURAS DEL SOL - PICADURAS

DE INSECTOS Y, APLICADA EN LAS SIEMBRAS.

NES, CALMA EL DOLOR DE CABEZA

DE VENTA EN PERFUMERÍAS, FARMACIAS Y DROGUERÍAS

FABRICA DE GALONES
DE
JOSEFA MARTINEZ
PROVEEDORA DE LA REAL CASA
VENERAS. 5. TRIPPLICADO — MADRID

MINGOTE
— SASTRE MILITAR —
ESPECIALIDAD EN TODA CLASE DE UNIFORMES
MILITARES Y CIVILES
MAYOR, 88 (Frente a Capitanía) MADRID

SERNA

**COMPRO,
VENDO**

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor

HORTALEZA, 9

TELEFONO, 53-51

ARTICULOS DE OCASION

ALMACENES DE S. GINÉS

Teodoro G. González

Tejidos, Géneros de Punto y Camisería

Proveedor Oficial de la Cooperativa
del Ministerio de la Guerra

ARENAL, 11

MADRID

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos
del Ejército. • • • • • Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda. 5. MADRID

Zaleres: Zutor 1. y Ventura Rodríguez. 17.

Teléfono 1548 - J

sionamiento. Entonces llegó hasta el barco una ola monstruosa y él la colocó sobre ella con el cariño que habría podido tratarse a una niña. Vio su vestido blanco flotar sobre la cresta espumosa de la ola y después amortiguarse poco a poco la luz del barco; perdió de vista a todos sus triplantes.

Ante todo aquello se sobrepusieron mis sentimientos humanos a mis filosofías y sentí vehementes impulsos de hacer algo. Dejé mi cinismo como si prescindiera de un traje que ya podría vestirme más despacio, y salté precipitadamente a mi lancha y cogí los remos. Hacía algo de agua, pero ¡qué importaba! Siendo yo persona que miraba en muchas ocasiones indiferentemente mi botella de opio, ¿iba a

¿CALLOS?

UNGÜENTO MAGICO

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídale en farmacias y droguerías. 1,50. Por correo, 2 pesetas. FARMACIA PUERTO, Plaza San Ildefonso, 4, MADRID

COLEGIO LEON "XIII"

Claudio Coello, 59, (Hotel Próximo a Ayala) - MADRID

Amplio y moderno local de cinco pisos con todas las condiciones higiénicas, para internos y externos de 1.ª y 2.ª enseñanza. Preparaciones de Medicina, Derecho, Comercio, Correos y Telégrafos.

20 profesores con título, forman parte de los tribunales de examen — En junio 61 Premios,
70 Sobresalientes, 15 Notables y 198 Aprobados.

La mañana siguiente era apacible y de sol. Paseaba por la playa oyendo el rumor sordo de las olas que pasaban por el arrecife con bastante tranquilidad. No había en la playa rastro alguno de la goleta, cosa que no me sorprendió por la fuerte resaca de aquellas aguas. Un par de gaviotas volaban a ras del mar, tocando casi el agua con las alas, y daban vueltas en el sitio donde el barco se hundiera, como si bajo las olas hubiese algo visible y atrayente para ellas, lanzando al mismo tiempo graznidos como si se contaran lo que veían. Cuando volví de mi paseo estaba la mujer esperándome en la puerta; me fastidió haberla salvado, porque desde entonces tenía quien fiscalizase mi vida independiente. Era muy joven; diez y nueve años a lo sumo; de semblante pálido y fino, pelo dorado, vivos ojos azules y dientes blancos y brillantes: era verdaderamente bella. Tan blanca, delicada y frágil, que bien podía ser el espíritu de la tempestad. Se había arreglado un vestido de Margarita con originalidad y arte. Cuando oyó mis pisadas fué corriendo hacia mí, con los brazos abiertos, sin duda para darme gracias por su salvación, pero yo la desvíe con un movimiento

y pasé de largo. Pareció resentida por aquello y me siguió hasta la sala con lágrimas en los ojos y miradas apesadumbradas.—¿De qué país es usted?—preguntéla repentinamente. Sonrió al oírme y sacudió la cabeza.—¿Francesa? ¿Holandesa? ¿Española?—A cada pregunta meneaba la cabeza, y después comenzó una relación en idioma completamente ininteligible para mí. Sin embargo, después de almorzar averigüé su nacionalidad, pues paseándome por la playa ví un trozo de madera incrustado en una roca; fui hasta ella remando y ví que era parte del codaste del barco, donde estaba escrita, con raros caracteres la palabra *Archangel*.

Según esto—me dije—la niña pálida es rusa. Súbdito digno del Czar blanco, propio habitante de las costas del Mar Blanco. Me parecía extraño cómo en su apariencia delicada hubiese emprendido un viaje tan largo en embarcación tan ligera. Cuando volví a casa repetí varias veces y en diferentes tonos la palabra *Archangel*, pero no aparentó reconocerla. Pasé toda la mañana en el laboratorio haciendo experiencias sobre la naturaleza de los trópicos, y al salir ví que estaba a la mesa cosiendo las partes

!! TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN !!

SI QUIERE V. COMPRAR O VENDER Alhajas, Relojes, Máquinas de escribir, fotográficas, Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicicletas, Objetos de arte y fantasía y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y ACUDA POR FIN A LA

CASA ORIA Y GALINDEZ

Calle del Clavel, 8

MADRID

Teléfono 19-31 M

SE CONVENCERA de las VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA en el NEGOCIO pueden PROPORCIONARLE



SASTRERIA GREGORIO LEON

Uniformes, Libreas || Esmerada confec-
Gabaner * Se admiten géneros ción de to-
Gabardi- para su confección da clase de
nas, Trajes de Sport || prendas de caballero
Se recomienda el corte a los Sres. militares
Fuencarral, 23, principal --- MADRID

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch - Zeiss - Goert.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. - Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS
Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205 - MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Má-
quinas de escribir, bicicletas y motocicletas Pañuelos de Manila y
mantillas de encaje

comenzar ahora a cavilar sobre los peligros o espe-
ranzas? La arrastré hacia el mar con furia de loco
y salté dentro. Hubo un momento en que titubeó la
barquichuela, casi a punto de zozobrar, pero unos
golpes de remo frenéticos me hicieron avanzar, em-
papado, pero a flote. Iba unas veces sobre el lomo
de una montaña de agua que formaba una ola sin
romperse, otras subía por una gran pendiente para
luego hundirme en el lado opuesto. Allá en tierra
gritaba la vieja Margarita, que habiendo visto mi
acción, sin duda me tachaba de loco definitivamente.
Al fin distinguí sobre una ola el bulto blanco de la
mujer; cuando llegó a mi alcance, la sujeté subién-
dola a la lancha con un supremo esfuerzo. No hubo
necesidad de remar, pues las olas mismas nos echa-

ron sobre la playa. Llevé la lancha fuera de peligro
y fui hacia la casa, con la mujer en brazos y seguido
por mi ama de gobierno, que me hartó de congra-
tulaciones y alabanzas. Después de mi acto, cuando
apoyando mi oído sobre su pecho percibí las palpi-
taciones de su corazón, sentí arrepentimiento de ha-
berle realizado. La dejé junto al fuego que tenía en-
cendido Margarita, tratándola con la misma delica-
deza que a un haz de astillas y sin preocuparme si-
quiera por ver si era bonita o no, pues hacía años
que no me importaba en absoluto la cara de una
mujer. Desde mi hamaca ví a la vieja que frotaba
para reaccionarla. Sólo oyendo la cantinela compa-
siva de la vieja: "¡Pobre niña! ¡Niña preciosa!",
supe que aquel ejemplar era joven y bonita.

IMPERMEABLES INGLESES

GARANTIZADOS
CHANCLOS BOSTON

GRAN SURTIDO EN CALIDADES Y MODELOS

HULES Y GOMAS

27-Carretas-29.-Madrid



El "Pianola-Piano"

es el único instrumento autopianístico que ha merecido los elogios de todos

LOS GRANDES MUSICOS CONTEMPORANEOS

EL "PIANOLA-PIANO"

es el adoptado por el Vaticano, SS. MM. los Reyes de España, de Inglaterra, de Italia,
de Bélgica, de Suecia..... y por las más prestigiosas

INSTITUCIONES MUSICALES DE TODOS LOS PAISES

y es, a la vez, el de mayor garantía y el más barato

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

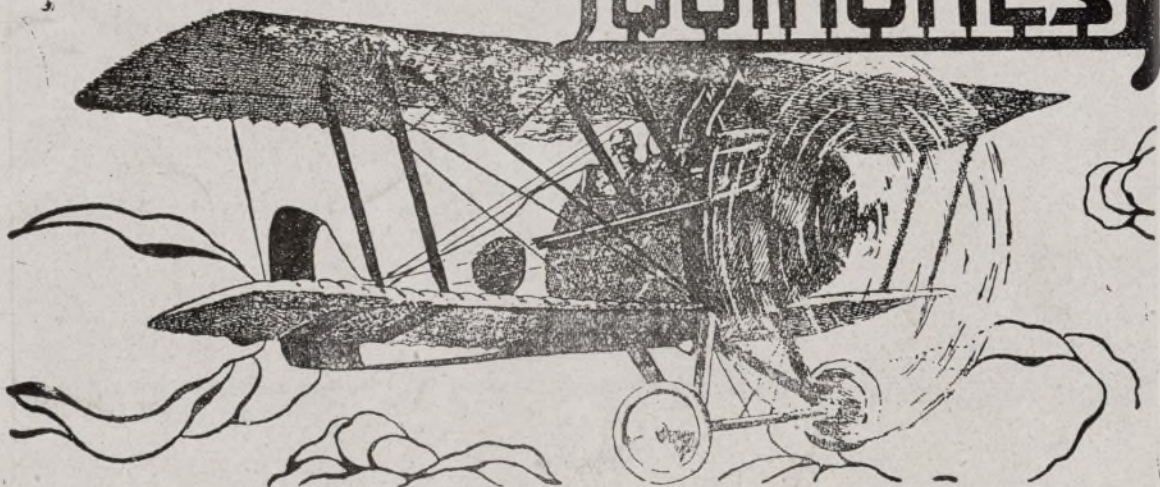
THE ÆOLIAN COMPANY

S. A. E.

AVENIDA CONDE PEÑALVER, 24

MADRID

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

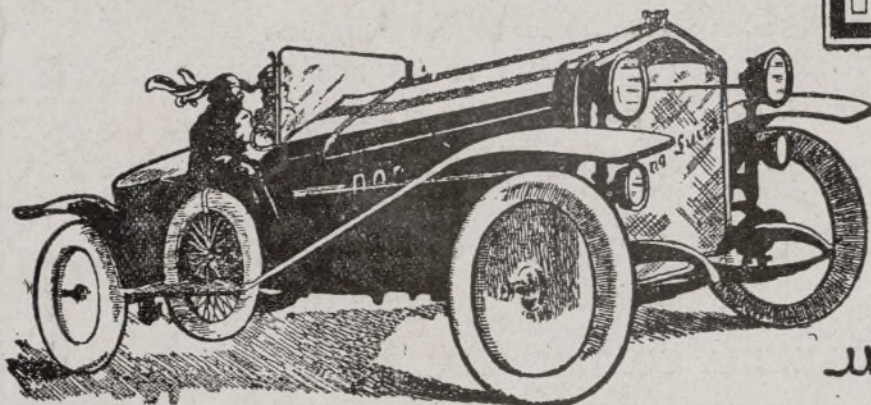
x :: :: : PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA : :: :: ::

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de plano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices. Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero.—Aceites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Chelau

TALLERES, «PRENSA NUEVA» CALVO ASENSIO, 3-MADRID



PLUMAS Y ESPADAS

SEMBLANZAS DE HIDALGOS SOLDADOS

Juan de Sedeño.

Nació en Jadraque (Toledo).

Ingresó en la brava Infantería; peleó en los campos de Italia y mereció alto aprecio de los superiores por su exacta obediencia y el amor a sus Reyes.

Es autor de "Suma de Varones ilustres", "La Celestina o Tragicomedia de Calixto" y "Meliblea". Su nombre figura en el Catálogo de Autoridades de la Lengua.

Marcos de Isaba.

A los 20 años de edad sentó plaza de soldado en la vigorosa Infantería; en sus filas peleó con tanta disciplina como abnegación, con tanto amor a su Patria como devoción a la Realeza.

"De las siete edades—escribe Isaba—que los filósofos antiguos señalaron al hombre, la primera gasté en la crianza, como niño, en casa de mis padres, y la otra en estudios y deseos juveniles, hasta la raya de los veinte años; y las otras como mozo y gallardo, en la guerra."

"Nació en la guerra—dice su cuñado Miguel Guerrero de Caseda—pues puso su nombre bajo Bandera cumplidos veinte años y murió de sesenta; de manera que son cuarenta los que residí en ella, y tan cumplidos que los puedo contar por uno de los perfectos que le han servido y respetado, habiendo pasado tantos trabajos, heridas y miserias con tanta constancia, como es notorio, así en el tiempo que era pobre soldado, como en los oficios y cargos que en ella tuvo."

En 1591 era Capitán; viejo y achacoso escribió su notable obra "Cuerpo enfermo de la milicia española, con discursos y avisos para que pueda ser curado, útiles y de provecho"; este libro contiene excelentes principios religiosos y militares.

Francisco de Trillo y Figueroa.

Nació en la Coruña.

Sirvió a su Patria en los campos de Italia; al cabo de algunos años regresó a Granada dedicándose a la poesía y a la Historia.

Publicó notables trabajos "Poesías varias, heroicas, satíricas y amorosas"; "Historia política del Rey Católico"; "Epítome de las guerras de Francia"; "Discursos políticos y militares"; "El Gran Capitán, poema heroico". etc., etc.

Por sus obras en prosa se cita Trillo en el Catálogo de Autoridades de la Lengua.

Pedro Cieza de León.

Nació en Sevilla el año 1518 y murió en 1560.

Empieza su carrera militar en suelo americano bajo el mando de Vadillo; a las órdenes de Jorge Robledo recorre victorioso la provincia peruana de Antioquía (1539); sirve luego con no menos fortuna en las Banderas de Belalcázar; vuelve a la obediencia de Robledo; y muerto éste, descansa en la villa de Arnau (que en repartimiento se le había concedido) comenzando a reunir datos para escribir su magistral obra.

A mediados de 1547 lee el bando de La Gasca invitando a los españoles para que marchasen al Perú en socorro del Virrey Blasco Núñez "no por premio, sino por lealtad al Rey"; esclavo de su patriotismo acude al llamamiento, cruza el Perú y asiste a varios hechos de armas informándose así de las tradiciones del país.

Con los datos que pudo recoger y los que oficialmente le proporcionó La Gasca escribió su magnífico libro. "Crónica del Perú"; concluido en 1550, regresó a España imprimiéndolo el 15 de marzo de 1553 en Sevilla.

Fué reimpresso en Amberes (1554 y 1555) y en Roma (1555); de él dijo Jiménez de la Espada, "que es lo más concienzudo y más completo que se ha escrito de las regiones sudamericanas".

Alonso de Ercilla y Zúñiga.

Nació y murió en Madrid a 7 de agosto de 1533 y 29 de noviembre de 1594, respectivamente.

A los diez y seis años de edad sale de España y recorre casi toda Europa; en Londres oye de labios de Jerónimo de Alderete (1555) las proezas de los españoles en América; regresa a la Patria y ansioso de

ganar lauros en la guerra embarca el 15 de octubre bajo la protección de Alderete, Adelantado de la provincia de Chile.

Como valeroso soldado empieza a luchar por su Patria (7 de septiembre de 1557) en la defensa del campamento fortificado "Penco" en la isla de Quirínica; el 7 de noviembre muestra el temple de su alma en el paso del río Biobío; el 30 sube de punto su valor en la batalla de Millarapue; y al mes siguiente distingue en el combate de Cayucupil.

A fines de enero de 1558 sale de la plaza de Cañete y atraviesa la cordillera de la costa del Pacífico por la meseta de Puren cosechando nuevos laureles; vuelve en auxilio de Cañete sitiado por los araucanos; prosigue su anterior itinerario llega al lago Ranco y se interna por caminos jamás recorridos por los españoles; el 24 de febrero descubre el archipiélago de Chiloe y lo explora; el 27 de marzo funda la villa de Osorno; defiende bravamente La Imperial; y sostiene felicísima jornada el 13 de diciembre donde murieron prestigiosos caudillos araucanos.

Durante los años 1559, 1560 y 1561 continúa batiéndose enalteciendo su fama y el prestigio de su Patria; en 1562 regresa a España.

Refiriéndose a una de aquellas marchas escribe el soldado-poeta: "Jamás la Naturaleza amontonó tanto estorbo para impedir el paso del hombre. Los bosques eran espesísimos y ásperos los breñales; la gente y las bestias se atascaban a cada paso en los pantanos; a pesar de todo, aquellos hombres de hierro, con sus manos y sus pies cubiertos de dolorosas heridas, sus vestidos desgarrados en los matorrales del camino, con el calzado roto por los riscos y los troncos de los árboles, extenuados ellos mismos por el hambre y la fatiga, bañados en sudor, en sangre y en lodo, anduvieron siete días en las selvas sin tener un lugar seco y descubierto en qué reclinar sus estropeados cuerpos."

Su poesía "La Araucana" es admirable por la pureza de la dirección, la brillantez en la pintura, la belleza en las descripciones y la perfección en el conjunto. "Compuso un excelente libro histórico en buena poesía, donde el arte de contar está llevado a perfección maravillosa, no alcanzada ni de lejos por ningún otro poeta ni prosista de entonces, y cuya dicción es tan pura que rara frase o voz se encontrarán allí usados en distinto sentido que ahora."

La primera parte de "La Araucana" se publicó en 1560; la segunda parte en 1578.

Ercilla figura en el Catálogo de Autoridades de la Lengua.

Diego de Villalobos y Benavides.

Nació en Méjico.

Desde 1594 a 1597 combate rudamente en Flandes y en Francia; se hace notar en la toma de Huy; en Doubleny vierte su sangre; asciende en reputación en las lides de Catelet, Cambray. Amiens, etc.; cae prisionero

de los holandeses (siete meses); y regresa a España con el grado de Capitán de caballos (lanzas españolas).

Su obra se titula "Comentarios de las cosas sucedidas en los Países Baxos de Flandes desde el año 1594 hasta el de 1598"; fué impresa en Madrid el año 1612.

"Lo que más me animó—dice Villalobos—a sacar a luz esta obra ha sido el manifiesto agravio que algunos escritores extranjeros han hecho y hacen a la nación española contando sus hechos muy sobrepeine y quitándoles a los Escuadrones los nombres, atribuyéndoles hechos famosos a sus naciones."

Francisco Verdugo.

Nació en Talavera de la Reina (Toledo) hacia 1536; murió en Luxemburgo el año 1597.

A los diez y nueve años de edad sienta plaza de soldado en las Banderas del Capitán D. Bernardino de Ayala; prueba su valor en la batalla de San Quintín; acrecienta luego su fama a las órdenes de Mondragón; en premio a sus servicios merece del Duque de Alba el empleo de Sargento mayor; asciende luego a Coronel de Infantería valona; y se granjea el aprecio gobernando la villa de Harlem.

Se enseñoreó en la Frissa de la Región comprendida entre Groninga y Over-Issel; se adueñó de Deventes y Zutphen ejerciendo en el sitio de esta plaza el cargo de Maestre de Campo; dirigió en Luxemburgo el ejército organizado contra Francia; dió pruebas de acierto recobrando las plazas perdidas y persiguiendo al enemigo hasta Sedán; y rendida la plaza de Catelet retiróse a Luxemburgo donde murió.

Fué tan valiente como envidiado. Unía a la mayor finura un carácter enérgico, por lo que él mismo decía: "Soy Francisco para los amigos y Verdugo para los enemigos."

Escribió el "Comentario de la guerra de Frisia", bella obra donde se describe prolijamente el sitio de Amiens; fué impresa en Nápoles (1605 y 1610), en italiano y en español.

El nombre de Verdugo se menciona en el Catálogo de Autoridades de la Lengua.

Francisco de Figueroa.

Nació en Alcalá de Henares (Madrid) el año 1540 y murió en 1620.

Fervoroso de su Patria la sirvió como soldado en Flandes y en Italia.

Al regresar a España dedicóse a la poesía siendo tan excelso en sus producciones que mereció el calificativo de "El Divino"; la égloga de "Tirsio", en verso libre, es la más conocida y alabada.

"Dulcísimo—escribe Adolfo Castro—en la expresión de los afectos, poeta lleno de fuego y de pasión y fácil en el versificar... Seguramente Francisco Figueroa puede competir con el mismo Garcilaso."

Por sus poesías figura en el Catálogo de Autoridades de la Lengua. TENIENTE CORONEL GARCIA PEREZ

La misa de las sombras

POR ANATOLE FRANCE

He aquí lo que el sacristán de la iglesia de Santa Eulalia, en Neuville d'Aumont, me refirió una hermosa noche de verano, bebiéndose bajo el emparado del *Caballo Blanco* una botella de vino a la salud de un muerto, a quien había pomposamente enterrado aquella mañana, cubierto su ataúd con un paño negro, tachonado de grandes lágrimas de plata.

—Mi difunto padre—habla el sacristán—fué sepulturero, como yo. Tenía el genio alegre; lo cual era, indudablemente, efecto de su profesión; pues se ha observado que cuantos trabajan en los cementerios son de jovial humor. No les asusta la idea de la muerte, ni piensan jamás en ella. Yo mismo, señor, entro en el camposanto de noche con la misma tranquilidad que aquí; y si por casualidad me tropiezo con un alma del otro mundo, no me inquieto por ello, considerando que muy bien puede ir a sus asuntos, como ya a los míos. Conozco al dedillo las costumbres de los muertos, y su carácter. Sé, respecto a ese punto, cosas que los mismos curas ignoran; y si contase todo lo que he visto, os quedaríais asombrado. Pero no todas las verdades pueden fácilmente decirse; y mi padre, gran aficionado a narrar historias, no reveló seguramente la vigésima parte de lo que sabía. En desquite, solía repetir con frecuencia los mismos relatos, y contó cien veces, que yo sepa, la aventura de Catalina Fontaine.

“Catalina Fontaine era una solterona, a quien él recordaba haber visto siendo niño. No me extrañaría que hubiese aún en el país hasta tres ancianos que recuerdan también haber oído hablar de Catalina, pues era muy conocida y bien reputada, aunque pobre. Habitaba al final de la calle de las Monjas, en la torreilla que podéis ver todavía, y que pertenece a un antiguo palacio medio arruinado que está en

frente del jardín de las Ursulinas. Hay en las torreillas varias figuras e inscripciones medio borradas por el tiempo. El difunto párroco de Santa Eulalia, monsieur Levasseur, afirmaba que una de éstas dice, en latín, que el *amor es más fuerte que la muerte*. “Lo cual debe entenderse—añadía—del amor divino.”

Catalina Fontaine vivía sola en aquella casita. Era encajera. Ya sabéis que los encajes de por aquí eran antiguamente famosos. No se le conocían ni parientes ni amigos. Decíase que a la edad de dieciocho años había amado al joven caballero de Aumont-Clery, con quien se llegó a desposar en secreto; pero las personas de bien no creían una palabra de todo ello, y decían que eso era un cuento ideado porque Catalina Fontaine tenía más traza de dama que de obrera; porque debajo de sus cabellos blancos yacían los restos de una belleza de primer orden; porque andaba triste de continuo, y porque llevaba en el dedo del corazón uno de esos anillos en que el artífice ha puesto dos manos enlazadas, y que los prometidos cambiaban entre sí en el acto del desposorio. Ahora sabréis lo que había de verdad en todo ello.

“Catalina Fontaine vivía santamente. Frecuentaba mucho las iglesias, y en todo tiempo oía la misa de seis en Santa Eulalia.

Pues, señor... En cierta noche de diciembre, cuando reposaba tranquilamente en su alcoba, fué súbitamente despertada por el toque de las campanas. No dudando que la llamaban a la misa, la piadosa joven se vistió apresuradamente, y bajó a la calle, donde tan oscura era la noche, que no se veían ni las casas, ni se vislumbraba la menor claridad en el sombrío cielo. Ni el más leve rumor turbaba el silencio de aquellas tinieblas, y sentíase uno allí separado de toda criatura viviente. Pero Catalina Fon-

taíne, que conocía cada una de las piedras en que sentaba el pie, y que hubiese podido ir a la iglesia con los ojos vendados, llegó sin dificultad hasta la encrucijada de las calles de la Parroquia y de las Monjas. Una vez allí, vió que las puertas de la iglesia estaban de par en par abiertas, y que salían por ellas un vivísimo resplandor de cirios. Siguió adelante y, al franquear el pórtico, se encontró en medio de una asamblea tan numerosa, que materialmente llenaba el templo. No reconoció a ninguno de los presentes, y sorprendíale ver a todas aquellas gentes vestidas de terciopelo y de brocado, con plumas en el sombrero y ciñendo la espada al uso de los antiguos tiempos. Había allí buen número de señores que se apoyaban en largos bastones con puño de oro, y muchas damas que ostentaban cofias de encaje prendidas con un peinecillo en forma de diadema. Caballeros, de San Luis daban la mano a aquellas damas, que recataban detrás del abanico el pintado rostro, del cual no se veía más que la sien empolvada y una mosca en el lagrimal. Todos se dirigían a su puesto sin hacer el más leve ruido, sin que se percibiera el rumor de sus pasos sobre las losas ni el rozamiento de las faldas. En las naves laterales del templo, multitud de jóvenes artesanos que vestían chaqueta oscura, pantalones de bombasí y medias azules, cogían por el talle a otras tantas muchachas muy lindas y sonrosadas que bajaban pudorosamente la vista. Junto a las pilas del agua bendita, sentábanse en el suelo, con la tranquilidad de los animales domésticos, las aldeanas de zagalejo encarnado y apretado corpiño, mientras sus novios, con el traje de los días de fiesta, permanecían, de pie, detrás de ellas, haciendo girar entre las manos el flamante sombrero. Todas aquellas fisonomías silenciosas parecían eternizadas en el mismo pensamiento, dulce y triste. Arrodillada en su lugar acostumbrado, Catalina Fontaine vió adelantarse hacia el altar al oficiante, precedido por los diáconos. No reconoció tampoco a ninguno de ellos. Dió principio la misa, muda ceremonia, en la que ni se oía el murmullo de los labios que oraban, ni el tintineo de la campanilla vagamente agitada. Catalina Fontaine sentíase bajo la influencia y las miradas de su misterioso vecino, y habiéndole examinado sin volver casi la cabeza, le reconoció por el joven caballero de Aumont-Cléry, que la había amado, y muerto hacía cuarenta y cinco años. Y le reconoció por una señal imperceptible que tenía por debajo de la oreja izquierda, y especialmen-

te por la sombra que sus largas pestañas negras proyectaban sobre sus mejillas. Vestía el mismísimo traje de caza, rojo con galones de oro, que llevaba el día aquel en que, habiéndola encontrado en el bosque de San Leonardo, pidiérale agua primeramente y después un beso. Conservaba aún su juventud y su bella apostura. Todavía mostraba, al sonreír, sus dientes de lobezno. Catalina le interpeló en voz baja:

—Monseñor, que fuisteis mi amigo y a quien di en otros tiempos lo que una joven guarda en mayor estima, ¡Dios os tenga en su santa gloria! Quiera El inspirarme, por fin, que me arrepienta del pecado que cometí con vos, porque lo cierto es que, con los cabellos blancos y próxima a morir, no me pesa aún de haberos amado. Pero, amigo mío difunto, mi hermoso señor, decidme: ¿quién son estas personas vestidas a la usanza antigua que oyen aquí esta misa silenciosa?

El caballero de Aumont-Cléry respondióle con una voz más débil que un suspiro y, sin embargo, más clara que el cristal:

—Catalina, estos hombres y estas mujeres son ánimas del purgatorio que ofendieron a Dios, pecando, como nosotros, por amor a las criaturas; pero que no han sido, a pesar de ello, rechazadas por el Señor, puesto que su pecado fué, como el nuestro, sin malicia.

“Mientras, separadas de los que amaron en la tierra se purifican en el fuego lustral del purgatorio, sufren los males de la ausencia, y este padecer es para ellas el más cruel de todos. Tan desgraciadas son, que un ángel del cielo se ha compadecido de sus penas de amor, y, con la venia de Dios, reúne todos los años, durante una hora de la noche, al amigo y a la amiga en su propia iglesia parroquial, en donde se les permite oír la misa de las sombras cogidos de la mano. Tal es la verdad; y si hoy me es dado verte aquí, Catalina, antes de tu muerte, cosa es que no se habrá realizado sin conocimiento del Señor.

A esto repuso Catalina Fontaine:

—¡Ay! Quería morir para volverme hermosa, como en los días, mi difunto señor y dueño, en que te daba de beber en el bosque.”

“Mientras hablaban así en voz baja, un canónigo muy viejecito hacía la colecta, presentando a los circunstantes una gran bandeja de cobre, sobre la cual dejaban ellos caer monedas antiguas que ya no circulaban hacía muchos años: escudos de seis libras, du-

cados, florines, jacobos, nobles... Y las piezas caían en silencio. Cuando le ofrecieron la bandeja, el caballero arrojó en ella un luis que, al igual de las otras monedas de oro y de plata, no produjo el menor ruido.

“Después, se paró el anciano canónigo ante Catalina Fontaine, la cual púsose a rebuscar en su faltriquera, sin encontrar un sólo ochavo. Entonces, no queriendo negar su ofrenda, se quitó el anillo que le había dado el caballero la víspera de su muerte, y lo arrojó en el plato de cobre.

El anillo de oro sonó al caer como el badajo de una campana; y al ruido retumbante que hizo, el caballero de Aumont-Cléry el canónigo, el celebrante, los diáconos, las damas, los caballeros, la reunión entera se desvaneció como por ensalmo; apagáronse los cirios, y quedó Catalina Fontaine absolutamente sola en las tinieblas.

Al concluir de esta manera su relato, el sacristán se echó al colete un buen trago de vino, quedóse pensativo un instante, y luego prosiguió en estos términos:

—Os he referido esa historia tal y como mi padre me la contó muchísimas veces, y la creo verídica, puesto que está de acuerdo con todo lo observado por mí respecto a los hábitos y aficiones particulares de los muertos. Los he tratado mucho desde mi niñez, y sé que tienen por costumbre volver a sus amores.

Por esta razón, los difuntos avaros suelen vagar de noche al rededor de los tesoros que escondieron en vida. Al vigilar atentamente en defensa de sus caudales, el trabajo que se dan, lejos de aprovecharles, tórnase en daño de ellos, y así no es raro descubrir el dinero oculto bajo tierra, removiéndolo del paraje frecuentado por un fantasma.

De igual suerte, los maridos difuntos vienen a atormentar durante la noche a sus mujeres casadas en segundas nupcias, y podría citaros muchos que han guardado mejor a su esposa después de muertos, que lo hicieron en vida. Y eso no está bien, porque en recta justicia, los difuntos no deben ser celosos. Pero, en fin, yo os refiero lo que he tenido ocasión de observar. Conviene, pues, andar con cuidado al casarse con una viuda.

“Aparte de eso, la historia que os he relatado se confirmó del siguiente modo:

“En la mañana que sucedió a aquélla noche extraordinaria, Catalina Fontaine fué encontrada muerta en su habitación; y el pertiguero de Santa Eulalia halló en la bandeja de cobre que servía para las colectas, un anillo de oro con dos manos entrelazadas.

“Por lo demás, yo no soy hombre capaz de inventar cuentos que hagan reír... ¡Si pudiéramos otra botellita de vino!...





SÍBIAMOS por la avenida de los Campos Elíseos con el doctor V., demandando a las paredes agujereadas por los balazos, a las aceras destrozadas por la metralla, la historia de París sitiado, cuando poco antes de llegar a la plazoleta de la Estrella, el doctor hizo un alto y mostrándome una de esas gigantescas casas de esquina tan pomposamente agrupadas alrededor del arco de Triunfo, me dijo:

—¿Ve usted esos cuatro balcones cerrados, allá arriba sobre ese mirador? Pues en los primeros días del mes de agosto, ese terrible mes de agosto del año pasado, tan lleno de borrascas y desastres, fui llamado allí para un caso de apoplejía fulminante. Se trataba del coronel Jouve, un coracero del primer imperio, anciano a quien dominaba la gloria y el patriotismo, y que desde el principio de la guerra había trasladado su residencia a los Campos Elíseos habitando un cuarto con balcones exteriores... ¿A que no sabe usted para qué?

Yo me encogí de hombros, como invitándole a seguir.

—Pues para asistir al regreso triunfal de nuestras tropas... ¡Pobre viejo! La nueva de Wissemburgo llegó a su conocimiento cuando terminaba de comer, y al leer el nombre de Napoleón al pie de aquel boletín de derrota, cayó al suelo como herido por el rayo.

Cuando acudí el veterano coracero yacía sobre la alfombra de la estancia, la faz ensangrentada e inerte, como si hubiese recibido un terrible mazazo en la cabeza. De pie debía ser muy alto: tenía el aspecto imponente, inmenso. De hermosos rasgos fisonómicos, dientes soberbios y abundante cabello blanco y rizado, sus ochenta años representaban a la suma sesenta... Junto a él estaba su nieta, arrodillada y anegada en llanto. Le daba gran parecido. Al verlos, uno al lado de la otra, se hubiese dicho que eran dos hermosas medallas griegas, salidas del mismo troquel, pero la una antigua, terrosa, un boco borrosa en los contornos y la otra resplandeciente y pura, en todo el esplendor y suavidad de la acuñación nueva.

Impresionóme el dolor de aquella niña. Hija y nieta de soldado tenía a su padre en el Estado Mayor de Mac Mahón y la imagen de aquel gran anciano, tendido a sus pies, evocaba en su espíritu otra imagen no menos terrible. Procuré tranquilizarla como pude, pero, en el fondo, comprendía que se trataba de un caso gravísimo, tal vez de fatal desenlace. Aquello era una completa y muy característica hemiplegia y a los ochenta años difícilmente se consigue hacer reaccionar al paciente. En efecto, durante tres días permaneció el enfermo en el mismo estado de inmovilidad y estupor. Durante ese tiempo llegó a París la noticia de Reichshoffen, ya recuerda usted de qué ma-

nera tan extraña. Hasta la noche todos creíamos en una gran victoria: veinte mil prusianos muertos y el príncipe real prisionero. Yo no sé por qué milagro, por qué corriente magnética, un eco de aquella alegría nacional fué a buscar a nuestro pobre sordo mudo hasta los limbos de su parálisis: el caso es que aquella noche, al acercarme a su lado, lo encontré bastante transformado. Aquel no era el mismo hombre. La vista más clara, la lengua menos pesada. Hasta tuvo fuerzas para sonreírme y tartamudear por dos veces.

“¡Vic...to...ria!”

—¡Sí, coronel, gran victoria!—le contesté.

Y a medida que le daba detalles sobre el brillante éxito de Mac Mahón, veía aflojarse sus rasgos, iluminarse su rostro.

Al salir, me esperaba la joven, pálida y de pie delan-

te de la puerta. Sollozaba.

—¡Pero si se ha salvado!—la dije yo, estrechándole las manos.

La infeliz muchacha tuvo apenas el valor de contestarme. Se acababa de anunciar al público el verdadero Reichshoffen: Mac Mahón en fuga, todo el ejército destrozado... Nos miramos llenos de consternación. Ella se desolaba al pensar en su padre y yo temblaba pensando en el viejo. Con seguridad no podría resistir a esta nueva sacudida. Y, sin embargo, ¿qué hacer...?

—¡Pues bien, mentiré!—me dijo la heroica joven, enjugando rápidamente las lágrimas. Y radiante de placer volvió a penetrar en la alcoba de su abuelo.

¡Terrible era la tarea que se había impuesto! Los primeros días fué saliendo bastante bien del paso. El pobre hombre tenía la cabeza muy débil y se dejaba engañar como un chiquillo. Pero con la salud fueron haciendo más claras sus ideas. Era necesario tenerle al corriente del movimiento los ejércitos, redactarle boletines militares. Inspiraba piedad, verdaderamente, contemplar a aquella preciosa niña inclinada día y noche sobre su mapa de Alemania clavando banderitas, procurando combinar toda una campaña gloriosa: Bazaine sobre Berlín, Froissart en Baviera, Mac Mahón en el Báltico. Para todo esto me pedía consejo, me consultaba y yo la ayudaba en la medida de mis escasos conocimientos estratégicos; pero especialmente el abuelo era el que más nos servía en esta invasión imaginaria. ¡Había conquistado tantas veces Alemania bajo el primer Imperio! Sabía todos los golpes de avance. “Ahora verán ustedes dónde van a ir. Vean ustedes lo que van a hacer.” Y sus previsiones se realizaban siempre, con lo cual se volvía más bravo y guerrero. Aunque desgraciadamente no reparábamos en apoderarnos de pueblos y ganar batallas, el viejo iba más ligero que nosotros; era insaciable. Cuando lle-

EL SITIO DE BERLIN

POR ALFONSO DAUDET

gaba diariamente a su casa, me comunicaba un nuevo hecho de armas.

—Doctor, hemos tomado Maguncia— me decía la joven, saliendo a mi encuentro con una sonrisa amarga, y a través de la puerta oía una voz alegre que me gritaba:

—¡Esto va bien! ¡Dentro de ocho días entraremos en Berlín!

En aquellos momentos, precisamente, estaban los prusianos a ocho días de París... En principio nos preguntamos si no valdría más trasladarle a una población de provincias; pero una vez fuera de París, el estado de Francia entera le hubiese hecho comprender en seguida toda la horrible verdad, y a mi juicio no estaba todavía lo suficientemente restablecido para recibir tan rudo golpe. Así, pues, se acordó que permaneciese en la capital.

El primer día de asedio, subí a su casa, lo recuerdo bien, emocionadísimo, con aquella angustia en el corazón que a todos nos producían las puertas de París cerradas, la pelea bajo las murallas, los barrios extramuros convertidos en fronteras. Encontré al pobre señor sentado en la cama lleno de júbilo y fiera.

—¡Eh! ¿Qué le parece?—me dijo—!Ya ve usted cómo ha empezado el sitio!

Yo le miré estupefacto.

—¡Cómo, coronel! ¿Luego sabe usted...?

Su nieta se volvió hacia mí y exclamó:

—Sí, sí, doctor... ¡Si es la gran noticia! ¡Ha empezado el sitio de Berlín!

Y lo decía sin dejar de coser, con una seguridad y una tranquilidad verdaderamente espartana. ¿Qué duda podía caberle ni qué sospecha concebir? No podía oír el cañón de las fortalezas ni ver aquel desgraciado París siniestro y trastornado. Lo que divisaba desde su lecho era un lienzo del Arco del Triunfo y en su alcoba, a su alrededor, una mesa revuelta, un revoltijo del primer imperio a propósito para entretejer sus ilusiones. Retratos de mariscales, grabados de batallas, el rey de Roma en traje de bebé; luego grandes consolas rígidas, incrustadas de cobre con trofeos, cargadas de reliquias imperiales, medallas, bronceos, una roca de Santa Elena en una urna de cristal, miniaturas representando a la misma dama de cabello ensortijado, en traje de baile, con vestido amarillo, con mangas de farol y ojos claros; y todo ello, las consolas, el rey de Roma, los mariscales, las damas amarillas, de talle elevado, alta cintura, con aquella rigidez embarazosa que era la gracia de 1806... ¡Bravo coronel! Aquella atmósfera de victorias y conquistas era, más que nada, lo que le hacía creer con tal candor en el sitio de Berlín.

A partir de aquel día se simplificaron mucho nuestras operaciones militares. Tomar Berlín era únicamente cuestión de paciencia. De tiempo en tiempo, cuando el anciano se aburría demasiado, se le leía una carta de su hijo, carta imaginaria, desde luego, puesto que no entraba nada en París, y, desde Sedán, el



ayudante de campo de Mac Mahón había sido internado en una fortaleza de Alemania. Figúrese usted la desesperación de aquella pobre joven, sin noticias de su padre, sabiendo que estaba prisionero, privado de todo, enfermo acaso, y obligada a hacerle hablar en cartas alegres algo cortas, como podía escribir un soldado en campaña, yendo siempre adelante en el país conquistado. Alguna vez desfallecía, y pasaban semanas sin noticia alguna. Pero el viejo se inquietaba, no dormía, se desvelaba. Entonces llegaba rápida una carta de Alemania, que iba a leerle la joven a la cabecera de su lecho, conteniendo sus lágrimas. El coronel escuchaba religiosamente, sonreía con aire de asentimiento, aprobaba, criticaba, nos explicaba los pasajes algo oscuros. Pero donde estaba hermoso, sobre todo, eran en las respuestas que enviaba a su hijo: “No olvides nunca—le decía—que eres francés. Sé generoso con esas pobres gentes. No le hagas

muy penosa la invasión..." Y eran inacabables las recomendaciones adorables sermones sobre el respeto de la propiedad, la cortesía que se debe a las señoras; un verdadero código de honor militar para uso de los conquistadores. Mezclaba también algunas consideraciones generales acerca de la política y las condiciones de paz que se debía de imponer a los vencidos. En esto, debo decirlo, no era muy exigente. La indemnización de guerra no es nada en limpio. ¿Para qué hemos de tomarles provincias? ¿Es que se puede hacer Francia con Alemania?

Dictaba esto con voz firme y se advertía tal candor en sus palabras, tan hermosa fe patriótica, que escuchándole nos emocionábamos a nuestro pesar.

Durante ese tiempo, el asedio seguía avanzando sin cesar, pero no el de Berlín, desde luego. Era el tiempo de los grandes fríos, del bombardeo, de las epidemias, del hambre. Pero gracias a nuestros cuidados, a nuestros esfuerzos, a la infatigable ternura que se multiplicaba alrededor de él, la serenidad del anciano no fué turbada un solo momento. Hasta lo último yo pude proporcionarle pan blanco y carne fresca. Sólo había para él, ya lo comprenderá usted, y no puede imaginarse nada más emocionante que aquellos almuerzos del abuelo tan inocentemente egoístas: el viejo, sentado sobre la cama, fresco y sonriente, la servilleta en la barba, y cerca de él su nieta, un poco pálida por las privaciones, guiando sus manos, haciéndole beber, ayudándole a comer todos aquellos buenos manjares prohibidos. Entonces, animado por la comida, en el bienestar de su alcoba tibia, mientras fuera soplaban el cierzo, con aquella nieve que se arremolinaba en sus balcones, el antiguo coracero recordaba sus campañas en el Norte y nos refería por centésima vez aquella siniestra retirada de Rusia donde no había otra cosa que comer más que bizcocho helado y carne de caballo.

—¿Qué te parece, chiquita?—repetía—. ¡Comíamos caballo! ¿Comprendes?

Demasiado lo comprendía ella. Desde hacía dos meses no comía otra cosa... De día en día, sin embargo, a medida que la convalecencia avanzaba, nuestra tarea, por lo que se refiere al enfermo, se volvía más difícil. Aquel entorpecimiento de todos sus sentidos, de todos sus miembros, que nos había servido tan bien hasta entonces, empezaba a evaporarse, a disiparse. Dos o tres veces ya las terribles andanadas de la puerta Maillot le habían hecho saltar, el oído alerta, como un perro de caza: hubo necesidad de inventar una última victoria de Bazaine bajo los muros de Berlín, en cuyo honor se habían hecho salvos en los Inválidos. Otro día que había avanzado su lecho cerca del balcón, creo que era el jueves de Buzenval, vió perfectamente a los guardias nacionales que se agrupaban en la avenida de la Grande Armée.

—¿Qué tropa es esa?—preguntó. Y le oímos murmurar entre dientes:

—¡Mal uniforme! ¡Mal uniforme!

No pasó más, pero comprendimos que en lo sucesivo era preciso adoptar grandes precauciones. Desgraciadamente no tomamos las necesarias.

Una tarde, al presentarme en la casa, se dirigió a mí la joven, todo turbada, y me dijo:

—¡Mañana entran!

¿Estaba abierta la habitación del abuelo? El hecho es que después, pensando en ello, puedo recordar que aquella noche tenía una fisonomía extraordinaria. Probablemente nos había oído. Solamente que nosotros hablábamos de los prusianos, y el buen hombre pensaba en los franceses, en aquella entrada triunfal, tanto tiempo esperada por él. Mac. Mahón, descendiendo por la avenida entre flores, entre los acordes de los clarines, su hijo al lado del mariscal, y él, el anciano, en su balcón, de uniforme de gala como en Lutzen, saludando las banderas agujereadas a balazos y las águilas negras por la pólvora...

¡Pobre señor! Se había figurado, sin duda, que querían impedir que presenciara el desfile de nuestras tropas, para evitarle una violenta emoción. También se guardó él mucho de consultar con nadie sus propósitos; pero al día siguiente, a la hora misma en que los batallones prusianos se aventuraban, penetraban tímidamente en la amplia vía que conduce desde la puerta Maillot a las Tullerías, las hojas del balcón aquel de allá arriba se abrieron suavemente y apareció el coronel, con su casco, su descomunal sable y todo su viejo ropaje glorioso de coracero de Milhaud. Todavía me sigo preguntando qué esfuerzo de voluntad, qué sobresalto vital le había hecho así levantarse y ataviarse de tal guisa. Lo cierto era que estaba allí, de pie apoyado en la barandilla, extrañándose de hallar las avenidas tan amplias, tan solitarias y mudas, echadas las persianas de las cerradas casas, París siniestro como un gran Lazareto, por todas partes banderas, pero muy singulares, todo blancas con cruces rojas, y ni una sola persona para poder ir a la vanguardia de nuestros soldados.

Por un momento creyó que se había equivocado.

¡Pero no! Allá abajo, detrás del Arco de Triunfo, se advertía un rumor confuso, una línea negra, que avanzaba en el naciente día... ¡Luego, poco a poco, las agujas de los cascos brillaron, los pequeños tambores de Jena se pusieron a batir marcha y bajo el Arco de la Estrella, ritmada por el pesado paso de las secciones, por el choque de los sables, estalló la marcha triunfal de Schubert!

Entonces, en el silencio monacal de la plaza se dejó oír un grito, un grito terrible: "¡A las armas... a las armas..., los prusianos!"

Y los cuatro hulanos de la vanguardia pudieron ver allá arriba, en el balcón, a un corpulento anciano vacilar agitando los brazos y caer rígido. ¡Aquella vez sí que había muerto el coronel Jouve!

LA BATALLA DE LEPANTO

En los primeros días de septiembre del año 1571, la ciudad de Mesina presentaba inusitado aspecto y extraordinaria animación. En la espléndida bahía no cesaban de fondear naves y galeras que se bamboleaban majestuosamente impulsadas por las suaves ráfagas del viento estival. Gentes de armas, en número considerable y de muy distintas nacionalidades, llenaban las posadas y hosterías, y transitaban en continuo ir y venir por las calles y plazas. Sobre todo, por las vías que daban acceso al puerto, el tráfico era enorme. Arcabuceros, mosqueteros, jinetes y marinos españoles, genoveses, malteses y venecianos, *lansquenets* y artilleros alemanes, voluntarios franceses y de otros países se ocupaban en acarrear pertrechos y bastimentos para la flota que se iba reuniendo en la rada.

Para las bellas sicilianas entrañaba un motivo de algazara, y también de cierto peligro, aquella invasión de soldados cosmopolitas, porque éstos, a pesar de pertenecer a naciones aliadas, para el galanteo y conquista de mujeres hermosas no hacían grandes distinguos entre el territorio amigo o enemigo. Lo mismo salían a relucir las espadas si se litigaba el amor de una dama, que si se debatía la posesión de algún baluarte o rebellín.

Pero ya poco tiempo había de tardar en partir aquel enjambre de guerreros. Los aprestos iban muy adelantados.

El tema preferente de las conversaciones era el de las últimas fechorías cometidas en Nicosia y Famagosta, plazas de la codiciada isla de Ch'pre, por Piali y Alí-Bajá, lugartenientes del Sultán turco Selim II. Desde que los otomanos asaltaron los muros de Constantinopla, y la Media Luna coronó la cúpula de Santa Sofía, Mahomed II, Selim I y Solimán, el Mag-

nífico, habían consternado a la cristiandad con sus terribles ataques y piraterías. En el Mediterráneo, principalmente, ejercían un poder casi omnímodo, que ni el propio Carlos V consiguió dominar. Sin embargo, el grito de angustia lanzado por Venecia, amenazada de desaparición como el Imperio bizantino, colmó la indignación de algunos Estados de Europa y logró que se formase la coalición contra el temible Selim II.

El Pontífice Pío V, Felipe II, Génova y Venecia acordaron reunir sus fuerzas en Mesina para dar la batalla al adversario común. Siendo entonces España la nación más poderosa de la tierra, su esfuerzo fué el de mayor importancia. D. Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, el cardenal Granvela y D. García de Toledo, libertador de Malta, fueron los verdaderos creadores de nuestra escuadra, la más fuerte de todas las coaligadas.

Terminados los preparativos, el 16 de septiembre se hizo a la mar la armada cristiana, compuesta de 200 galeras y cien naves y galeazas, con 50.000 infantes, 4.500 caballos y cuantiosas municiones y máquinas de guerra a bordo. Asumió el mando de las fuerzas de la Liga, D. Juan de Austria, el ilustre hermano bastardo del monarca español. Veinte días estuvieron buscándose las escuadras rivales entre Sicilia y Grecia. Noticioso D. Juan de que la flota enemiga estaba en el golfo de Lepanto, no obstante los consejos que le dieron varios de sus subalternos, que desconfiaban del éxito de la empresa, ordenó rumbo hacia el citado golfo que forman las costas griegas, llegando a la proximidad de las islas Echinades y enfrente del promontorio de Accio.

La armada turca, capitaneada por Piali, y formada por unas trescientas unidades, salió al encuentro de



Don Juan de Austria.



Miguel de Cervantes Saavedra



Don Alvaro de Bazán.



Teatro de operaciones donde se preparó y libró la batalla de Lepanto.

la cristiana. En aquella se invocaba con entusiasmo el nombre del Profeta, y en ésta el de Cristo, como acicate para la pelea. El 7 de octubre, a las once de la mañana, con tiempo inmejorable, se trabó la batalla.

Los otomanos, siguiendo su táctica proverbial, comenzaron atacando con ímpetu por entrambas alas, consiguiendo sensibles ventajas al principio las galeras egipcias en la derecha y las argelinas en la izquierda. Pero la pericia y el arrojo de los caudillos cristianos, y muy especialmente de D. Juan de Austria, que había dispuesto con admirable maestría el orden de batalla con las reservas prontas a acudir a los sitios de peligro, neutralizaron el empuje de los mahometanos y les infligieron tremenda derrota. A las cuatro de la tarde sólo les quedaban a los turcos cuarenta naves que salvó Uluch-Alí. El resto de ellas, o se hundieron en el fondo del mar, o fueron apresadas por los cristianos. Estos perdieron siete mil hombres, cifra exigua por demás, tratándose de batalla tan enconada.

Alejandro Farnesio, Lope de Figueroa, Bernardino de Cárdenas, Requesens, Salazar, Moncada y otros muchos españoles, hicieron prodigios de valor. Entre tantos héroes de aquella jornada gloriosa, debe recordarse el nombre de un soldado que, estando enfermo de calenturas en la galera *Marquesa*, solicitó de su capitán ser destinado al puesto de mayor riesgo. Aquel soldado, que recibió una herida en el pecho y otra en la mano izquierda, que le valió honroso e imperecedero sobrenombre, se llamaba Miguel de Cervantes Saavedra.

Pues bien: al rememorar hoy la hazaña del inmortal *manco de Lepanto*, se nos ocurre preguntar: así como en su calidad de figura preeminente de campeón insigne de la literatura, se le ha enaltecido de modo unánime y se le ha puesto en el lugar privilegiado que sus excepcionales méritos reclamaban, ¿hanse glorificado cumplidamente su heroísmo y sus relevantes virtudes militares? Y concretando más la pregunta: ¿puede afirmarse que la Milicia tiene saldada la deuda de gratitud y devoción contraída con el soldado Cervantes Saavedra por su fervida defensa de la profesión armada durante la

paz y por su glorioso comportamiento en la guerra? He aquí un tema que se presta a la consideración de los cervantistas, de cuantos visten uniforme y de los patriotas en general.

Recuérdense los múltiples pasajes del *Quijote*, de *Las novelas ejemplares*, de *Numancia* y de otras obras suyas en que ensalza, sobre todo, a la Milicia y a los consagrados a ella.

Recuérdese asimismo el noble orgullo con que en repetidas ocasiones hizo mención de su asistencia al combate de Lepanto y de las heridas recibidas en él.

Sin necesidad de otros argumentos y citas, ¿podrá achacarse a exaltación desapoderada, o a contemporáneo lirismo, el recordar la deuda imprescriptible que tienen el Ejército y la Marina para con el Príncipe de los Ingenios españoles? Lo extraño es que hasta la fecha no se le haya rendido dentro de la Milicia el tributo a que se hizo acreedor quien, teniendo conciencia plena de su valía extraordinaria como hombre de letras, honrábase principalmente con el nombre de soldado. Y mucho más extraño aún si se tiene en cuenta que una personalidad tan eminente como el Sr. Rodríguez Marín dijo en cierta solemnidad en el Centro del Ejército y de la Armada: "El pundonoroso Ejército español, amantísimo de la honra nacional, que es su propia honra cumplirá como debe con aquel soldado inmortal por quien los laureles de España perduran y permanecerán siempre frescos y lozanos en todo el mundo."

¿No sería de justicia que, como homenaje a aquel genio de la raza, se acordase por quienes pueden hacerlo, que el primero de los acorazados que se construya en lo sucesivo en nuestros astilleros lleve su nombre?

Además, considerando que hasta el momento presente, sólo merced a la felicísima iniciativa de Su Majestad el Rey D. Alfonso XIII, se ha adoptado la resolución, de carácter íntimo de la Institución Armada, de que figure Miguel de Cervantes Saavedra a la cabeza de los coroneles de Inválidos en el *Anuario Militar*, ¿no sería también justo que se ligase todavía más su recuerdo con los mutilados en la guerra, creando una condecoración que llevase por título su apellido y que estuviese exclusivamente dedicada a premiar el heroísmo de los heridos en campaña?

Creemos que ambas ideas pueden y deben realizarse, aunque sólo sea para desvirtuar de una vez esa fama legendaria y vergonzosa que tenemos los españoles de olvidar a nuestros hombres esclarecidos.

FRANCISCO ANAYA RUIZ

Su aparición periódica.—La influencia de la luna.—Las observaciones de un mariscal francés.—Afirmaciones de un sabio abate.—Números base de aquéllas.—Las posiciones relativas del sol, de la tierra y de la luna.
: : : : : : : : ¿Será crudo el presente invierno? : : : : : : :

Es fundamento de todas las ciencias, que entre causas y efectos hay una relación constante y las que sean iguales o análogas, de las primeras, darán el mismo carácter, respectivamente, a los segundos.

Aplicado el principio a lo que en la atmósfera ocurre, es evidente, que si se llega a descubrir una ley de periodicidad en las causas, podría deducirse una ley para los efectos, es decir, para las vicisitudes del tiempo, tomado éste en el sentido meteorológico y no en el cronométrico.

El problema de la previsión del tiempo, a largas y futuras épocas, se reduce pues, a buscar una ley de periodicidad en las causas de los fenómenos meteorológicos.

Es un hecho contrastado, la influencia de las manchas del sol en ciertas manifestaciones atmosféricas: el número de aquéllas, llega a una cifra máxima cada once años y medio.

Cuando aquella se produce, los astrónomos han registrado, con verdadera regularidad, ciclones en el Océano Indico, lluvias abundantes en la India, auroras polares, tempestades magnéticas y profusión de fenómenos sísmicos.

El profesor Bruckner, anunció una ley de periodicidad, según la cual, el clima, en las regiones del centro y oeste europeos, desde hace algunos siglos, se caracteriza por un período de 34 a 35 años, dividido en dos fases; una de 17 años, templados-sécos y otra de los mismos, húmedos-fríos.

También se relaciona, por medio de datos experimentales, dicha periodicidad, con la observada en ciertos fenómenos solares.

Desde las más remotas edades, se atribuye a la Luna gran influencia en las variaciones del tiempo; la proximidad de nuestro satélite y numerosas observaciones hacen lógica y confirman tal influencia.

De cuantas reglas se enunciaron es la más curiosa la del mariscal francés Bugeaud, que durante mu-

chos años, vivió en Africa en campamentos y factorías la vida monótona que impulsa a la observación.

Dice así el referido observador: —“Durante toda la duración de una luna, el tiempo, de cada 12 veces, diez es igual al del cuarto día si el del sexto resulta igual al de dicho cuarto día: si el sexto día hace el mismo tiempo que el quinto, como éste será el de toda la luna, de cada 12 veces, once.”

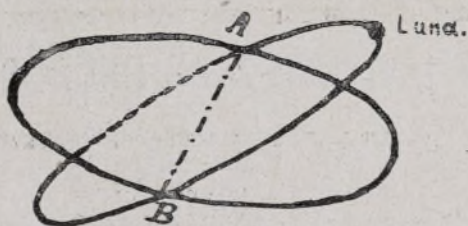
Aunque las numerosas verificaciones intentadas en los observatorios, dieron cifras estadísticas muy variadas, el principio del mariscal, no es sino una de tantas interpretaciones del principio de continuidad que rige en todos los fenómenos de la naturaleza.

Un físico eminente dió forma anecdótica al aforismo diciendo, sencillamente: “mañana hará el mismo tiempo que hoy”—de cada 10 veces, siete, se acierta, al decir de los que se dedicaron a contrastar el dicho.

Parece natural que la luna ejerza sobre las capas de aire que forman la atmósfera, una acción mecánica semejante a la que produce sobre las aguas



El abate Gabriel, último sabio que ha hecho la previsión de los inviernos crudos.



del mar, dando origen a las mareas; la movilidad del medio aéreo, 800 veces menos denso que el agua del mar, dificulta las verificaciones; sin embargo, se ha contrastado algo de atracción lunar en las zonas de alta presión que suelen registrarse en los grandes Océanos, en la proximidad de los 30 grados de latitud Norte.

En el tiempo que dura una luna, la órbita de ésta, corta a la de la tierra, en dos puntos distintos A y B (ver el dibujo) que los astrónomos llaman *nudos*; la línea que los une, se desplaza lentamente en sentido curvo y cada 6.793 días y medio (18 años y medio próximamente) da una vuelta completa.

Ahora bien: la Tierra, tarda 365 días y cuarto en recorrer su órbita y como se verifica que cinco veces 6.793 y medio días, dan la cifra 33.967 y 93 años de 365 días y cuarto, son también 33.967 días, indudablemente el número 93 significa relación de periodicidad entre los movimientos de revolución de la tierra y de la línea de los nudos.

Las observaciones hechas sobre mínimos de presión barométrica, acusan una periodicidad de poco más de 95 años, lo cual, tratándose de fenómenos cuya aparición, sólo puede fijarse *grosso modo*, permite asegurar que entre esta cifra y la de 93 hay una concordancia que no debe pasar por alto el astrónomo.

El abate Gabriel, eminente meteorologista, manejando los datos anteriores, llegó al conocimiento astronómico de una período de 744 años observando que dicho número, contiene 8 veces al 93, comprende 40 revoluciones de la línea de los nudos de la Luna e igualmente 60 períodos de variaciones uniformes en el número de manchas solares.

Hallando el semiperíodo y el cuarto de período de los 744 años, encontró, como circunstancia curiosa y remarcable que el primero contiene 135.870 días, número que por ser divisible por 7, expresa un número cabal de semanas.

El objeto de tal división era verificar, en el todo o en alguna fracción, si era cierta la hipótesis de que la Luna, en el aire, produce una acción análoga a las mareas: las observaciones meteorológicas sobre la temperatura y la lluvia, sólo existen registradas desde hace dos siglos, lo que no es nada, tratándose de un período, a estudiar, de 744 años.

Los historiadores y cronistas, mencionando en sus escritos, como hechos notables, los inviernos y los veranos achicharrantes, coadyuvaban a la acción de la Meteorología.

El libro "Noticias científicas" del insigne Arago, publicado hace cerca de cien años, permitió al abate establecer sus conclusiones, fundándose en que los hechos notables meteorológicos, sin más error que el de un año, en menos o en más, se hubiese verificado con periodicidades de 744 años, 372 (mitad) y 186 (cuarto).

Remontándonos dos siglos, hay registrados, en concepto de inviernos crueles, los de los años 1740, 1776, 1789, 1795, 1830, 1871, 1880, 1891, 1895 y 1917: todas estas cifras, resultan intervaladas, sin la menor excepción, de otros inviernos iguales, 744, 372, 186 y algunas veces, la suma de los dos últimos números.

El de 1740, fué precedido 187 años por el de 1553, calificado de terrible y a su vez, precedido del de 995, también superior, 558 años = $372 + 186$.

En el de 1871, puede anotarse, que 187 años antes, en 1684, hubo otro malo, precedido sucesivamente del de 1449 (185 antes) el de 1126 (373 antes) y el de 940 (186 antes).

Para llegar al de 1917, de todos conocido, partiendo del 801, que no fué de abrigo, si se le añaden 187 llegamos al de 988, también de primera categoría: sumando 371, sale el de 1359; haciendo lo propio con 185, resulta el de 1544 y añadiendo, finalmente, 373, se llega al 1917.

En cuanto a la genealogía, que pudiéramos llamar frigorífica, del año 1926, ya al caer, no es nada tranquilizadora: descontando de sus cifras 186, surge el 1740, que fué especial y si le restamos 373, aparece el 1553, que en el Norte de Francia y en Inglaterra fué de trágica recordación.

¿Se confirmarán una vez más los nada graciosos períodos? El abate Gabriel, después de hacer constar que con los veranos fuertes, existe la misma periodicidad, dice, respecto al invierno actual, que poco hemos de tardar en verlo.



Aparato con el cual se hizo el recorrido París, Constantinopla, Moscou, Copenhague.

LA VUELTA A EUROPA

Las fantásticas cifras obtenidas en los vuelos de que di cuenta no hace mucho, en estas mismas columnas, cuando Francia, por medio de sus pilotos aviadores, batió el record de la velocidad por hora, van dejando de tener aquel carácter, ante las realidades obtenidas por otros aviadores, también franceses, en el pasado verano.

Aunque en honor de la verdad, la expedición a que aludo no puede llamarse "vuelta a Europa", como algunas revistas la llamaran, no por ello deja de ser curiosa y desde luego la de mayor transcendencia técnica que hasta la fecha se realizó.

Es cierto que la velocidad media obtenida como término medio de todo el recorrido fué sólo de 109 kilómetros por hora, calculando, según la costumbre, a mi juicio no lógica, de los deportistas del aire; también lo es que se llegó a un medio de ¡213 kilómetros hora!, sostenido durante cinco horas.

Cuesta trabajo a los profanos y a los desconfiados creer en una posibilidad de que un objeto material, a cuya marcha ofrece el aire gran resistencia, se desplace con mucha mayor rapidez que lo hace el sonido, acción *intangible* que parece natural atravesarse más fácilmente las capas de aire.

Sin embargo, recogiendo un poco el pensar, la verdad se abre paso y da la explicación de lo que no es temerario calificarlo como anómalo: la enorme di-

ferencia entre los agentes impulsores es ya un dato bastante expresivo; si a él se añade que la resistencia que el aire ofrece a la marcha de un avión, al ser vencida por el horror que la naturaleza tiene al vacío, acaso se transforme en potencia que impulsa no despreciable, resulta claro que las máquinas voladoras inventadas por el hombre atraviesen la atmósfera más rápidamente que el sonido, cuya velocidad de transmisión, 340 metros por segundo, recuerda, en el caso considerado, la que llevan los trenes de mercancías.

No llegarán los aviones a la rapidez de la luz, es indudable, pero cabe esperar que la cifra 200 kilómetros por hora pase a ser una cosa corriente; ¿quién sabe si en lo real no suceda ya? La tierra es sensiblemente esférica: recordando la proporción en que crecen las cuerdas de los arcos que pueden trazarse en un mismo arco, ¿no resulta que los aviones recorren, al ir de un punto a otro, mayor distancia que la marcada en el mapa, en línea recta?

Prescindiendo de cábalas y comentarios, es lo cierto que en el viaje deportivo a que el presente artículo se refiere en algunas horas menos de tres días se recorrieron 6.850 kilómetros, siendo el tiempo de vuelo cuarenta horas escasas, lo que da un promedio aproximado de 186 kilómetros por hora.

Observando en el croquis, el terreno por encima

RESUMEN DEL RECORRIDO

| Día | TRAYECTOS | Distancia — kilómetros | Tiempo | | Velocidad media de vuelo | Velocidad media de vuelo |
|-----|--------------------------------|------------------------------|--------|---------|-----------------------------|-----------------------------|
| | | | Horas | Minutos | | |
| 1.º | París a Belgrado..... | 1.500 | 8 | " | 187,5 Ktros. por hora. | " |
| " | Belgrado a Constantinopla..... | 850 | 4 | 10 | 213 Ktros. | " |
| " | Total..... | 2.350 | 12 | 10 | 195 Ktros. | " |
| " | Parada..... | " | 1 | 15 | " | " |
| " | Total..... | " | 13 | 25 | " | 189 Ktros. hora. |
| 2.º | Constantinopla a Bucarest..... | 450 | 2 | 45 | 164 Ktros. | " |
| " | Bucarest a Moscou..... | 1.500 | 8 | " | 187,5 Ktros. | " |
| " | Total..... | 1.950 | 10 | 45 | 180 Ktros. | " |
| " | Parada..... | " | 2 | 30 | " | " |
| " | Total..... | " | 13 | 15 | " | 148 Ktros. hora. |
| 3.º | Moscou a Varsovia..... | 1.200 | 7 | 30 | 160 Ktros. | " |
| " | Varsovia a Copenhague..... | 650 | 4 | " | 163 Ktros. | " |
| " | Copenhague a París..... | 1.050 | 5 | " | 210 Ktros. | " |
| " | Total..... | 2.900 | 16 | 30 | 176 Ktros. | " |
| " | Paradas..... | " | 1 | 30 | " | " |
| " | Total..... | " | 18 | " | " | 142 Ktros. hora. |
| " | Total del recorrido..... | 6.850 | 44 | 25 | 186 Ktros. | 109 Ktros. hora. |



del cual cruzaron los aviadores, y la longitud de algunos trayectos, se deduce fácilmente lo que puede esperarse de la aviación en plazo no lejano, por lo menos en cuanto se refiere a transportar el pensamiento y las personas.

Para que los aficionados a deducciones puedan ha-

cerías a todo trapo, en el adjunto estado-resumen anoto los detalles que ofrecen interés, creyendo que con él y el croquis podrá el lector darse cuenta cabal de lo que fué la expedición.

FERALGA

UNA GRAN BIBLIOTECA MILITAR

Bajo la dirección del competente teniente coronel de Ingenieros don Bruno Morcillo, se halla establecida esta biblioteca en el mismo edificio del Museo del Cuerpo de Ingenieros.

Consta de una recogida sala de lectura, dispuesta con comodidad para el público: mesas, tinteros, catálogos; cuanto es menester y propio del lugar, se encuentra bien ordenado. En una larga mesa central se hallan las revistas militares de España y de otras naciones, sus últimos números. En uno de los testeros está un gran fichero, en el que el lector puede encontrar fácilmente cuantos datos desee de los libros, periódicos y artículos relacionados con el Ejército, y en especial con la ingeniería. En cada ficha se indica el título, nombre del autor, nacionalidad, coste del libro y casa editorial que lo ha publicado. De este modo, cuantos deseen adquirirlo, pueden saber en dónde hallar el libro o periódico en cuestión. A esta sala de lectura puede acudir público tanto militar como civil, y las horas de lectura son las corrientes en las demás bibliotecas públicas.



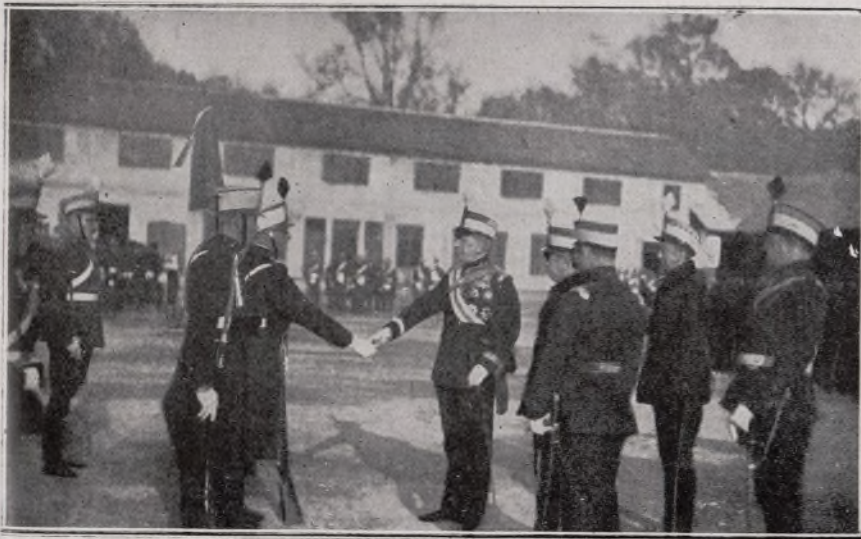
La despedida del soldado celebrada en San Sebastián.

El índice está establecido en una sala inmediata y amplia. Las mesas de los índices se hallan divididas en dos grupos: uno de ellos corresponde a las papeletas en que la indicación está hecha por autores, y el otro a las que se relacionan por título del texto. De esta manera puede buscarse inmediatamente el li-

bro que pida el lector, aunque ignore el nombre del autor o el título del libro.

En otras salas están, en grandes armarios, los manuscritos, libros, folletos y cuantos textos contiene la Biblioteca de Ingenieros.

El segundo jefe de esta cultural dependencia es el comandante D. Federico Veiveder; el capitán de servicio bibliotecario es D. José Agudo, y también presta servicio el auxiliar D. Tomás Dehesa.



La despedida del soldado. El Gobernador militar saludando a un soldado que se le premió por su comportamiento.



La ciudad de Tolosa ha erigido un monumento al heroico teniente coronel D. Felipe Duglois, al cual han asistido los supervivientes que le acompañaron en sus hechos de armas en Cuba.

El capitán Sr. Agudo, que nos acompaña en esta visita y amablemente nos guía, explicándonos cuanto se refiere a la biblioteca, nos dice que el número de volúmenes es de setenta mil.

Las materias que contiene esta biblioteca están clasificadas del siguiente modo: *a)* Obras generales: Filosofía, Ciencias sociales y Literatura. *b)* Arte militar. *c)* Matemáticas. *d)* Astronomía y Geodesia. *e)* Ciencias físico-químicas. *f)* Ciencias naturales, Agricultura y Medicina. *g)* Ingeniería civil. *h)* Ingeniería militar. *i)* Arquitectura y Construcción; y *j)* Geografía e Historia.

Acaso la colección más interesante que contiene la Biblioteca de Ingenieros es la de planos. Realmente es admirable. En grandes cartapacios se guardan planos de todas las provincias de España; y dentro de cada una, los de todos sus pueblos. De igual modo se tienen los planos de las demás naciones. Una verdadera riqueza, que honra al Cuerpo de Ingenieros y proclama la documentada preparación que nuestro Ejército tiene en este aspecto.

Como ya hemos dicho, la Biblioteca del Cuerpo de Ingenieros—situada en la calle de los Mártires de Alcalá—está abierta mañana y tarde al público y pueden acudir a ella tanto lectores militares como paisanos. Pero para mayor facilidad existe una reglamentación en virtud de la cual la biblioteca lo es circulante; siendo este servicio tan sólo para uso de militares. La Biblioteca envía los pedidos sin más que solicitar los libros que se deseen leer. Desde luego el importe del envío de los paquetes postales es por cuenta del lector.

En resumen, en este centro de cultura se encuentran todas clases de facilidades, y tanto por su contenido como por su organización, la Biblioteca del Cuerpo de Ingenieros merece todo género de elogios.

En estas confortables salas, en donde la ciencia y la literatura se guarda tan copiosamente, todo está dispuesto con acierto. La labor del director de la Biblioteca es muy meritoria, y así nos complacemos en hacerlo público.



DE LA ESPAÑA CABALLERESCA

LAS ORDENES MILITARES

Caballero de la Orden de la Escama

Es incierto su origen. "Algunos, dice el señor Castro, pretenden que la heredó Alfonso IX de León V de Castilla en 1208". Lo que se sabe de positivo es que en tiempos de Don Juan II era tan célebre, que no había noble que no estuviese alistado en ella, y por eso tratan otros de atribuir a este monarca su fundación. El objeto de la Orden de la Escama era, como el de las religiosas de caballería, la defensa del reino contra los moros. Profesaban obediencia al gran maestre todos sus caballeros y hacían juramento de defender la fe. Los reyes, al efectuar salidas contra los moros, solían armar algunos caballeros. Su distintivo era una escama de metal en el capete y manto blanco con cruz ce-rúlea. Decayó esta Orden al morir Don Juan II, y se extinguió muy en breve.

Caballero de la Orden de la Azucena.

Fundóla Sancho IV de Navarra, y tenía por objeto defender la fe combatiendo contra los infieles y consagrarse a ciertos rezos diarios. Siguieron en un principio sus caballeros la regla de San Benito, y adoptaron por emblema un collar, del que pendía la imagen de la Virgen; este collar ostentaba dos ramos de azucenas, flores de que también estaba adornado el manto blanco que vestían y que simbolizaban la pureza. Son escasos los datos que acerca de esta Orden poseemos.

Caballero de la Orden Militar de Avis.

Si bien esta Orden de caballería religiosa no es española, ha sido en un tiempo escuela de la de Calatrava, y entre las portuguesas es de las que ha gozado más larga vida. Escasos datos se tienen relativos a su ori-

gen; los menos sospechosos la atribuyen al reinado de Alfonso I, que estableció en Evora el asiento de esta Orden, poniendo la ciudad bajo la advocación de la Virgen. Más tarde, uno de sus grandes maestros se hizo dueño de Avis y trasladó a ella su residencia, adoptando desde entonces la Orden el nombre de esta ciudad, título que confirmó en 1204 el pontífice Inocencio III.

"Las distinguidas mercedes y donaciones que hizo el séptimo maestre de la de Calatrava, dice el señor Castro, la colocaron en una especie de clientela, pues los caballeros de Avis, en prenda y prueba de su grande agradecimiento, adoptaron el emblema religioso y la constitución de aquélla; pero el vínculo de unión entre ambas Ordenes se rompió en tiempo de Pedro II, príncipe que dotó de leyes especiales a la comunidad de Avis y la dió bienes suficientes para que se sostuviese, primero con decoro, después con ostentación extraordinaria."

El traje primitivo de esta Orden fué un largo escapulario, y su distintivo una cruz verde estriada; más tarde se acortó el escapulario y se colocó en el hombro izquierdo una cruz orlada de oro, en la forma que aparece en nuestro grabado. En las grandes solemnidades usaban los caballeros el manto capitular.

Caballero de la Orden de Calatrava.

Gravemente amenazada por los árabes la villa y castillo de Calatrava, que ocupaban los Templarios, y conociendo el rey D. Sancho de Castilla de medios para auxiliara, aquellos caballeros no se consideraron con fuerzas suficientes para hacer frente al enemigo y devolvieron al monarca castellano la villa y castillo citados. El rey prometió entonces su donación por juro de heredad a los que se hicieren cargo de ellos, y entonces se presentaron a él dos religiosos cistercienses, fray Raimun-



Orden de la Escama.



Orden de la Azucena.



Orden de Avis.



Calatrava.

do, abad de Fitero, y fray Diego Velázquez, dos hombres que habían trocado la cota de malla por el sayal y que ofrecieron defender Calatrava. Facilitóles medios pecuniarios para esta empresa el arzobispo de Toledo, y habiéndoseles agregado gran número de caballeros, no sólo Calatrava pudo evitar el verse atacada por el enemigo, sino que más de 20.000 personas acudieron a poblar su campo. El abad Raimundo concibió la idea de formar con los monjes y caballeros reunidos en la villa, una orden militar y religiosa sujeta a la regla del Cister, y organizóse entonces la que llevó el nombre de Calatrava, que aprobó el monarca y que tuvo su casa-matriz en esta villa. Los caballeros de esta Orden hacían votos de castidad, pobreza y obediencia. Pablo III concedió a estos caballeros, derecho de casarse y testar. El alto grado de esplendor a que llegó la Orden, se extinguió a fines del siglo xvi, y como las demás, fué incorporada también por los Reyes Católicos a la Corona.

Caballero de lo Orden militar de Alcántara.

Dos poderosos caballeros leoneses instituyeron la Orden de este nombre, animados de igual deseo que el que impulsaba a los fundadores de casi todas estas Ordenes: el proteger el territorio cristiano de las correrías de los moros y el organizarse para derrotar a éstos. El pontífice Alejandro III la aprobó en 1177, y sus primeros caballeros, que se regían por la regla del Cister, residieron en el castillo de San Juan del Peiro, bajo la advocación de cuyo santo instituyeron la Orden; pero habiéndoles sido cedida por el general Maestre de Calatrava la villa de Alcántara, con obligación de defenderla y permanecer desde entonces bajo la dependencia de la de Calatrava, trocó su denominación y enseña, que se modificaron de

nuevo al erigirse independientemente en 1441, con aprobación del pontífice Benito XIII. Entonces adoptó la cruz verde flordelisada.

Los caballeros de Alcántara, como los de Santiago y Calatrava, lucharon gloriosamente contra los infieles, y aunque aquella Orden no alcanzó el grado de poder que éstas, no por eso dejó de infundir recelos a la Corona. El pontífice Inocencio VII concedió a Fernando el Católico el Gran Maestrazgo en administración, y otros papas lo confirieron en propiedad a Carlos I y a los monarcas sucesores.

Con la explicación del objeto, estatutos y hábitos de estas dos Ordenes militares damos fin a la serie de las correspondientes a la Edad Media en España, de que nos propusimos dar cuenta en este volumen, mas no sin consignar, para satisfacción de los amantes de asuntos pueriles, que, fuera de estas Ordenes, existieron en España muchas otras de existencia más o menos duradera y brillante. Merece, por ejemplo, especial mención en Castilla la *Orden de la Banda*, instituida por Alfonso XI en 1332, según unos, y en 1320 según otros, de la que él mismo fué el gran maestre, y en la que sólo podían entrar los infantes y hermanos del rey y los hijos segundos de grandes señores. Tenía 38 estatutos, y era su divisa una banda o cinta de gules ancha, de tres dedos, cruzada desde el hombro derecho al costado izquierdo. Quizás de esta invención proceden en nuestros tiempos las innumerables bandas y cintas de todos los colores imaginables, que se han esparcido en España y fuera de España. Pero no hay que confundir estos caballeros con otros del reino de León titulados de la *Banda dorada*, Orden de que no queda más recuerdo que este título. Tales equivocaciones, si no producían consecuencias graves en el terreno de la historia, tal vez causaría cierta desazón a los amantes de todo lo que cuenta



Alcántara.



Templario.



Cruzado.



Encina.



Monte Gaudio.

cierto abolengo y trasciende a palatino y aristocrático.

Tan importante como la de la Banda, fué en Aragón y Cataluña la *Orden de San Jorge*, Orden que puede decirse fué instituída en distintos pueblos de Europa; y no es esto de extrañar, si se tienen en cuenta las hazañas de aquel famoso caballero, que, armado de punta en blanco, derriba al famoso dragón y simboliza el triunfo de la fe sobre el mahometismo y la herejía; de aquel paladín que, como Santiago, aparece en los aires iluminado por luminosa aureola y contribuye al triunfo de las armas cristianas en los campos de batalla. Pedro II instituyó esta Orden en los primeros años del siglo XIII, y la dió el nombre de *San Jorge de Alfama*, siendo su distintivo una cruz llana de guies, que después adoptaron los caballeros de Montesa. A esta Orden se incorporó en 1400, y ambas recibieron la común denominación de *Montesa y San Jorge*.

En el siglo XIII tuvo también nacimiento otra Orden, que, según el señor Fernández de Navarrete, se instituyó para la gente de mar, la de *Santa María de España*, fundada por Don Alfonso X, y cuya divisa, hábito e instituciones se ignora cuáles fuesen. En 1280 se incorporó a la de Santiago, y hasta se ignoraría su existencia, a no ser por dos privilegios de 1279, conservados por esta última Orden en su archivo de Uclés.

Además de otras Ordenes, hacen mención las crónicas y memoriales, de distintas otras, que sólo a título de curiosidad puede hacerse mención; por ejemplo, la de *los Lirios*, fundada por Sancho IV de Navarra; la de *San Salvador*, por Alfonso I de Aragón; la *del Hacha*, por el conde Ramón Berenguer, en 1150, y exclusivamente consagrada a las mujeres, pues a éstas fué deudor de la defensa de Tortosa contra los musulmanes; la de *Trujillo*, que creó y disolvió Alfonso XI, y las de *la Paloma* y *la Razón*, que debieron su existencia a Don Juan II.

Caballero de la Orden del Temple.

Esta famosísima Orden de caballería religiosa tuvo su origen en 1118 y fueron sus fundadores Hugo de Paganis, de la ilustre casa de los condes de Champaña y Godofredo de Saint Omer, a los que se unieron en breve siete ilustres caballeros franceses: presentaron los

estatutos de la institución al pontífice, y éste los remitió para su examen al Concilio de Troyes, del que los recibieron aprobados en 1127. Era el objeto de esta Orden mantener libres de enemigos los caminos que seguían los peregrinos cristianos al dirigirse a Jerusalén, y recibió su nombre a causa de habitar los caballeros un edificio inmediato al Templo. Estos caballeros estuvieron en un principio sujetos al patriarca y hacían a su ingreso en la Orden votos de castidad, pobreza y obediencia. Su hábito en un principio fué blanco sin cruz, hasta que en tiempo del papa Eugenio III pusieron cruces rojas en sus manteos y estandartes. Acerca de la forma de esta cruz unos dicen que era patriarcal, esto es, con dos travesaños, otros que era octógona; sin embargo, el señor Campomanes y otros autores, afirman que era roja sencilla de paño, como la de los demás cruzados y como se vé en los escudos de armas del Temple.

Su estandarte era de forma cuadrilonga y dividido de arriba abajo en dos colores blanco y negro, en el centro se destacaba la cruz roja, y en el sello de la Orden figuraban dos caballeros puestos en un solo caballo y este lema: *Sigillum militum Christi*.

He aquí un interesante párrafo relativo a su modo de combatir: "Cuando iban de facción o a acometer al enemigo llevaban delante la *balza* o estandarte de la Orden. Seguían los caballeros formados de dos en dos, o según convenía, en traje de campaña, armados con sus lanzas y espadas, sin ruido ni algazara, y esperando impávidos e inmóviles al enemigo, cuando así lo disponía el jefe o gran maestro. Si era preciso atacar eran de los primeros en acometer y lanzarse sobre el enemigo y los últimos en retirarse, dejando siempre en el campo de batalla pruebas indudables de su valor. Pocos momentos antes de entrar en acción, el gran maestro o los comendadores mandaban tocar las bocinas y atabales de la Orden, y reunidos entonces todos en comunidad entonaban con la mayor devoción aquellas humildes palabras del profeta David *Non nobis Domine, non nobis, sed nomine tuo da gloriam*. Solían acometer al enemigo buscando las alas del ejército contrario, o aquel flanco que consideraban más apropiado, sin atreverse jamás a retirar, a no ser que así lo mandase el jefe,



Caballero de la Orden de Santiago.

derrotando enteramente al enemigo o muriendo todos en la pelea.

Las virtudes y el valor que distinguían a los Templarios, diéronles bien pronto gran importancia y la Orden aumentó en número y fué muy luego tan poderosa como rica. Llegó a contar a los cincuenta años de su fundación unos tres mil caballeros (entre ellos Ramón III, conde de Barcelona), y no hubo reino cristiano en que no poseyeran castillos y tierras. Tales riquezas y tal poder engendraron en los Templarios algunos vicios, que, minando la constitución de la Orden, prepararon su ruina. Muy encontrados pareceres se han emitido acerca de los cargos que se hicieron a los Templarios; lo que resulta probado es que atrajeron sobre sí los recelos del pontificado, y el encono del monarca francés Felipe el Hermoso y el celo de Clemente V, concluyeron por fin con esta Orden, cuyos individuos, juzgados por la Facultad de Teología de París y por un sínodo provincial fueron condenados en 1309 a la hoguera, en la que pereció también en 1314 el gran maestre Santiago de Molay. Es difícil venir en conocimiento de la verdad en asunto tan discutido como oscuro, pues, como con razón ha dicho un ilustrado autor, la abolición de esta valerosa milicia va envuelta en los opacos velos que ocultan los tenebrosos secretos de la política y de las pasiones humanas. ¿Y qué valor puede darse hoy a los procedimientos empleados por el pontífice y el rey, ni a las confesiones arrancadas por el terror o el tormento?...

En España figuraron gloriosamente los Templarios en las guerras de la Reconquista, y la Orden tuvo en Castilla y Aragón sus maestros provinciales; fuéronles cedidas grandes posesiones en Valencia, Almería, Cataluña, Galicia, León, Extremadura, Castilla y Andalu-

ucía. Suyos eran los castillos de Ponferrada, el Faro, Balduerna, Távara, Almansa, Alcañices, Alconeta, Jerez de Badajoz, Frenegal, Nertobriga, Capilla, Caracul, Palma de Andalucía, Villalpando y otros. Pero de los diversos reinos de España, en el de Aragón fué donde alcanzó mayor lustre y poder; de lo que puede colegirse con decir que muerto el rey Don Alfonso el Batallador, les nombró en su testamento por herederos de aquellos reinos, lo que rehusaron los Templarios. Así es que al recibir el monarca Don Jaime II una carta del francés exhortándole a seguir su ejemplo, contestó el de Aragón: "De ningún modo procederé a su prisión hasta que me consten sus crímenes o el papa me lo mande." Nueva y elocuente prueba en favor de los Templarios. Empero el papa se había anticipado a los deseos del aragonés, ordenándole que un mismo día prendiera a todos los Templarios de sus reinos y se incautara de sus bienes; más los Templarios aragoneses acudieron a las armas y se defendieron en sus fortalezas, que disputaron a las tropas del rey. Unas tras otras cayeron en poder de Don Jaime, y sólo la de Monzón presentó más seria resistencia, pero a la postre se entregó, quedando presos los freyres. En Tarragona se reunió un Concilio, en el que, después de oídos, se les absolvió de todos los delitos e imposturas de que eran acusados, y lo propio sucedió en el Concilio reunido en Salamanca, después de practicadas no escasas diligencias. Pero el pontífice no aprobó estas decisiones y la Orden del Temple fué abolida en España. En el reino de Aragón, sus bienes se aplicaron a las Ordenes de San Juan de Jerusalén y de Montesa. En Portugal, donde asimismo fueron abolidos por decisión del pontífice, se fundó con parte de sus bienes la Orden de Caballería del Cristo.

Caballero Cruzado.

Al entusiasta grito de *Dios lo quiere*, lanzado por Pedro el Ermitaño y repetido por millares de personas, se proclama en Clermont (1095) la *tregua de Dios*, y se apercibe la cristiandad a lanzarse sobre el Asia y a libertar el sepulcro de Cristo. El papa reunió en la ciudad citada un solemne Concilio, y en presencia de gran número de príncipes y de inmenso pueblo de diversas naciones hizo entrega de la cruz, distintivo de cuantos debían tomar parte en esta empresa. Esta cruz era en un principio roja, y se colocaba en el costado izquierdo del pecho, así como en las banderas. Más tarde, y con objeto de distinguir a los soldados de los diferentes países, varió el color de las cruces para cada nación. Tal es el origen de la Orden militar de los cruzados. Los campeones que tomaron parte en estas empresas sólo se distinguían por el símbolo de la cruz, y a la sombra del sacrosanto lábaro en que aquella estaba trazada, acometieron aquellas heroicas empresas, que llenan de asombro el ánimo y que hicieron para siempre famosos los nombres de Boemundo, Tancredo, Godofredo de Bouillón, Ricardo, *Corazón de León*, Federico II y Luis IX. Desde fines del siglo XI hasta terminar el XIII, es decir, casi por espacio de dos siglos, los cruzados efectúan diferentes expediciones, que ponen de nuevo en íntimo contacto el Occidente con el Oriente. Créanse aquí algunos importantes principados y establecimientos, y adquiere gran vuelo el comercio de Levante; pero a medida que el entusiasmo religioso se amortigua en las masas, la guerra santa adquiere otro carácter. No es esta oportuna ocasión de investigar las causas que produjeron esta emigración a Oriente y las que ocasionaron la ruina de los establecimientos fundados allí por los cruzados; ni mucho menos de refutar las opiniones sustentadas por historiadores de alguna nombradía del pasado siglo y que rechaza la crítica moderna. Limitarémos a consignar un párrafo

de la *Historia de las Cruzadas*, de Kugler, a nuestro entender, el trabajo más sólido y concienzudo que sobre este particular ha visto la luz en los modernos tiempos: "Las Ordenes militares-religiosas se declararon a favor de los desvalidos, la Iglesia puso bajo su amparo las familias de los que marchaban a Tierra Santa, y el feudalismo se encontró con que los vasallos a quien estaba acostumbrado a oprimir, tenían sus valedores. Las hazañas de los cruzados esclarecieron a sus autores y la nobleza se vió invadida por otra clase que menguó su influjo y neutralizó su poder ilimitado. Convertida la caballería en una Orden, el hijo del estado llano se igualaba con el barón de alta alcurnia, cuando había recibido la espuela de oro; y equiparado desde entonces con los magnates, alternaba con ellos y era objeto de las mismas consideraciones."

Se comprenderá que el distintivo de cruzado, no constituía Orden militar alguna permanente; terminada la guerra estos soldados dejaban de usarlo, no quedando en posesión de otras ventajas que las escasas materia-

roja sobre una encina, colocada en una túnica, que alcanzaba a las rodillas.

Caballero de la Orden de Monte Gaudio.

He aquí cómo da cuenta de la fundación y objeto de esta Orden el señor don Benito de Castro en su *Diccionario de las Ordenes religiosas y militares*: "Hay fuera de la ciudad de Jerusalén una montaña llamada Mongioya o Monte Gaudio, donde fué instituida en el siglo XII la Orden militar que tomó el nombre de esta montaña, porque los caballeros hicieron allí al principio su residencia. Fué su erección sobre el modelo de otras Ordenes en tiempos que los cristianos eran señores de la Siria, con el objeto de defender la ciudad santa y acudir adonde los llamasen (aunque fuesen los países más remotos), a cualquiera conquista contra los enemigos de la fe católica. Este piadoso establecimiento se propagó por toda la Siria. Alejandro III confirmó su instituto bajo la regla de San Benito, en diciembre



Espiritu Santo.

Montesa.

Jarra.

Merced.

les que hubieron podido conseguir y las abundantes gracias espirituales otorgadas por los papas.

Caballero de la Orden de la Encina.

Fué fundada esta Orden por un ilustre caballero navarro llamado Garci Jiménez, quien después de haber guerreado muchos años se retiró a su hogar, ansioso de descanso. Las incursiones de los infieles obligaron a este esforzado guerrero a empuñar de nuevo las armas, y cuéntase que en uno de los combates que libró, al disponer sus huestes, diviso sobre la copa de una elevada encina una cruz circundada de luminosa aureola. Animado por esta aparición, que consideró feliz presagio de la victoria, condujo sus tropas al combate y consiguió un brillante triunfo. Desde entonces colocó sobre su pecho una cruz y dispuso que la llevaran todos los de su hueste. Garci Jiménez consiguió tan repetidos triunfos sobre los moros, que logró expulsarlos del territorio navarro y fué proclamado rey por sus soldados.

La fundación de la Orden militar de la Encina fué aprobada por el papa Gregorio II; su existencia fué muy breve. El emblema de los caballeros era una cruz

de 1180, y les asignó en propiedad muchos dominios, tierras y castillos que ya poseían, así en la Tierra Santa como en España, adonde fueron llamados para libertarla de las correrías de los moros. Las definiciones de la Orden de Calatrava, dan por fundador a don Ramón Berenguer, último conde de Barcelona, por escritura hecha en la ciudad de Gerona, a 27 de noviembre de 1143. Lograron de los moros muchas victorias y les quitaron diferentes tierras que el rey Don Alfonso VIII y otros príncipes les dieron, como consta de su Cédula Real que dice: *A vos don Rodrigo González, maestro de Monfranc, de la Orden de Monte Gaudio*, de modo que en todas las partes tenían muchas encomiendas. En Cataluña y Valencia se llamaban los caballeros de Mongoja, que es lo mismo que Monte Gaudio, y en Castilla de Monfranc, por tener en el lugar de este nombre un castillo y convento. Esta Orden duró muchos años con opulencia y maravillosos progresos, propagándose por diferentes parte del orbe. Algunos dicen que llevaba por insignia una estrella roja con cinco rayos en hábito blanco, pero otros quieren que sea cruz octógona de gules, al modo de los Templarios, en hábito blanco. Profesaban pobreza, castidad y obediencia. En tiempo

de guerra llevaban en sus estandartes de una parte la imagen de Nuestra Señora, y de la otra la cruz de la Orden."

Habiendo ido en disminución el número de sus caballeros y hallándose próxima a extinguirse, se unió a la de Calatrava en tiempos del rey Don Fernando III (1221) y en virtud de Bula apostólica.

Caballero de la Orden de Santiago.

Atribúyese el origen de esta Orden a la batalla de Clavijo. Trece ilustres caballeros convinieron en dar al ejército un elocuente ejemplo de bravura, y al efecto, adoptaron un distintivo para reconocerse en la pelea: cruz colorada en forma de espada puesta sobre sus capas. Empeñada la batalla, la victoria coronó el esfuerzo de los cristianos, y el rey Ramiro, que según la tradición, vió en sueños la víspera de aquella batalla al apóstol Santiago, mandó construir en conmemoración de este triunfo, que los cristianos atribuyeron al Apóstol, una ermita en lo alto de la Peña Turce. El general que acaudillaba al ejército manifestó al monarca que él y los trece caballeros que habían combatido llevando la enseña de la cruz, habían acordado formar una Orden de caballería en memoria de este combate y bajo la advocación del Santo Apóstol, y aprobada la idea por Don Ramiro, dió al citado caudillo, don Sancho Martínez de Tejada, el título de maestre.

Caballero de la Orden del Espíritu Santo.

Acerca de esta Orden, conocida también con el nombre de la *Paloma*, dice Castro: "El rey Don Juan I de Castilla instituyó en 25 de Julio de 1383, en la iglesia catedral de Segovia, la Orden militar de la Paloma. Era su divisa una paloma blanca suspendida de un collar de oro y rodeada de rayos. Su instituto era la defensa de la fe católica y de los reinos de Castilla; también comprendía el amparo de las viudas, doncellas y pupilos, extendiéndose a otros ejercicios piadosos. El citado rey se adornó de esta insignia, y la dió a varios caballeros y privados suyos. Algunos atribuyen esta institución a Enrique III (1399), el cual mandó hacer un número de collares de oro encadenados de rayos de sol ondeados, en figura de punta, y al remate una paloma esmaltada de blanco con pico y ojos de gules." Esta Orden tuvo muy corta existencia.

Caballero de la Orden de Montesa.

Al ser abolida por Clemente V la Orden del Temple, el monarca de Aragón Don Jaime II solicitó del pontífice que todas las rentas que aquella poseía en sus reinos se destinaran a una nueva fundación, con la que ansiaba reemplazar a la extinguida Orden del Temple, y cuyo fin no era otro que defender a sus vasallos de las repetidas correrías de los moros. El papa Juan XXII dió su bula de aprobación en 1316, y en 1319 vistieron el hábito de la Orden a don Guillén de Heril y otros dos ilustres caballeros, confiriéndose la prelación maestra a fray Guillén. Esta milicia estaba sujeta a la de Ca-

latrava y bajo la regla de San Benito. Tuvo su casa maestra en el reino de Valencia, y tomó la Orden el nombre de la villa en que colocó su asiento.

Su divisa fué en un principio una cruz roja en forma de espada sobre el hábito blanco, pero cuando se incorporó a esta Orden la de San Jorge de Alfama, adoptó la cruz de gules y manto blanco. Su estandarte ostentaba por un lado las cinco barras, por otro la cruz roja. Fué incorporada esta Orden en tiempo de Felipe II (1587) a la Corona.

Caballero de la Orden de la Jarra.

Con objeto de formar junto al trono un núcleo de jóvenes caballeros, cuya ilustre cuna y dotes personales les impulsaran a distinguirse en los campos de batalla, el rey Don Alfonso XI de Castilla fundó en 1320 la Orden de la Banda, símbolo ésta de las obligaciones que contraía el caballero para con su Dios y con su rey. Aquel monarca fué el primer gran maestre de la Orden, adoptando su distintivo, y andando el tiempo dicha Orden se extendió al reino de Aragón (1412). Estos caballeros contraían la obligación al ser armados tales de combatir a los infieles y guardar inalterable fidelidad al rey, que fué siempre su gran maestre.

La denominación que recibieron en Aragón de caballeros de la *Jarra*, débese a las que ostentaban en el collar pendiente de su cuello, y que lleva la figura reproducida en la citada página, además de la banda. El traje que viste es de ceremonia.

Caballero de la Orden de la Merced.

Débese la fundación de esta Orden al famoso monarca aragonés Don Jaime I. Ansioso este rey de procurar la libertad a los muchos cristianos que gemían en las mazmorras de los moros, concibió la idea de fundar una institución redentora de cautivos; y habiéndolo comunicado al religioso dominico Raimundo de Peñafort y al ilustre Pedro Nolasco, secundado por estos dos varones, vió en breve convertido su propósito en un hecho.

La Orden mercenaria estaba formada por caballeros eclesiásticos y militares, y era gobernada por un sacerdote, gran maestre, que residía en Barcelona; cargo que desempeñó el primero Pedro Nolasco. Vestían los caballeros de esta Orden una túnica blanca y llevaban al pecho un escudo, en cuya parte superior campeaba una cruz de plata sobre fondo encarnado, y en la inferior las cuatro barras catalanas sobre fondo de oro. Su divisa era *Redemptionem misit Dominus populo suo*.

Los caballeros militares de la Merced prestaron grandes servicios a la monarquía y a la patria, rescatando a los cristianos prisioneros en las repetidas incursiones que efectuaban por tierra de moros; y en cuanto a los caballeros eclesiásticos, fueron generosos libertadores de los cristianos encerrados en las mazmorras de África; siendo esta Orden militar, por su fin y por la abnegación de sus individuos, una de las más ilustres que ha contado España en el período de algunos siglos y la única cuyos servicios no concluyeron con la expulsión de los moros de nuestra Península.





ESTATUAS DE GENERALES



No en valde Madrid ha sido teatro de muchos e importantes hechos históricos militares, que han culminado en la epopeya magnífica del 2 de mayo, cuando en vinculada unión nacional de independencia, el pueblo y el ejército pelearon juntos contra las tropas napoleónicas. El pueblo madrileño ama al ejército. No ha dejado nunca de responder con entusiasmo a cuantos festejos militares se han organizado, cooperando con la mayor cordialidad. Revistas, desfiles, formaciones, se desarrollan siempre entre el más cálido aplauso del pueblo.

Y esta condición está expresada firmemente en el gran número de estatuas a militares ilustres que Madrid ha erigido en sus calles y plazas. Pocas ciudades cuentan con tantos de estos monumentos, como Madrid. Desde el monumento a los héroes de nuestra guerra colonial de América, emplazado en el Parque del Oeste, hasta la estatua al soldado héroe de Cascorro. Entre las frondas del Retiro y las del Parque antes citado del Oeste, se alzan multitud de estatuas de homenaje a la gloria militar de ilustres sol-

dados, que immortalizaron y dieron timbres de honor al prestigio romancesco de la gesta militar española.

Los más eminentes escultores han dado forma a esas estatuas, que el pueblo quiere y admira y que la mayoría de ellas son popularísimas. El transeunte las encuentra al paso y las contempla respetuosamente: Reyes, generales, soldados, de mármol bronce y piedra, hablan desde sus pedestales, con el mudo pero expresivo acento de la evocación, del recuerdo de áureos capítulos de nuestra Historia, en que la bravura secular de la raza se manifiesta con el más alto espíritu militar.

Un pueblo como Madrid, de tal aspecto, en cuya ciudad se abre un museo de estatuas y monumentos militares, de parramadas, que conviven con los ciudadanos, no cabe duda de que es plenamente militarista... españolista. Por sus venas corre sangre de caudillos. Y todo este bosque de piedra, bronce y mármol, que se doblegó ductilmente, como blanda materia, al buril de los artistas que pusieron su arte al servicio de simbolizar las glorias patrias, culmina en la Plaza de Oriente, la gran plaza que se recorta majestuosamente frente al Palacio Real y cuyo jardín está rodeado de multitud de estatuas de piedra que representan a los antiguos reyes de España, aquellos hombres de entereza militar tan firme como la piedra de sus estatuas, ante los cuales pasan los siglos sin corroerlas.

Hoy ofrecemos a nuestros lectores tres de las innumerables estatuas que adornan y caracterizan a Madrid. No son las más populares; pero evocan a tres conspicuos militares, de los más famosos, cuya determinante, con estar fundada en el entusiasmo militar más sentido, responden a diversas cualidades de mando y dotes tácticas.

Espartero, cuya estatua ecuestre se levanta arrogantemente en la calle de Alcalá, fué General fogoso, todo ímpetu, valor temerario y arrojo heroico. Desde pequeño se dibuja en él este trazo de león. Empezó su historia militar formando parte del "batallón sagrado", como se llamó al voluntarios de estudiantes que se formó cuando la patria se alzó toda para oponerse a la invasión francesa. Desde aquel peñaño subió, voló mejor dicho, hasta el más alto de la milicia,



Estatua del general Martínez Campos, en el Retiro.

llevado por su ardorosa valentía. Los grados de capitán a coronel los ganó todos por memorables hechos de armas. Fué varias veces herido. Peleó en el Perú y, sobre todo, su genio militar se desplegó por completo en la guerra carlista, operando en las provincias vascas. Libró del cerco en que se hallaba Bilbao y Guernica, y puso como colofón a aquella admirable campaña la famosa batalla de Luchana, en la que desmoralizó a las tropas carlistas. Siguió obteniéndose en Aragón y Navarra hasta la paz de Vergara, en que generales y soldados de los dos bandos se abrazaron fraternalmente, paz por la cual se confirió a D. Baldomero Espartero el título de Duque de la Victoria.

Contrasta con este general ciclope, D. Arsenio Martínez Campos—cuya estatua se eleva en el Parque del Retiro, y es obra del ilustre escultor Benlliure—, cuyo sentido militar se apoyaba especialmente en normas políticas de templanza. Estuvo dos veces en Cuba, empleando una política de atracción, que si no dió resultado fué debido a que los insurrectos estaban muy escarmentados de ver que el gobierno no les cumplía las promesas que se les hacían. También intervino en la guerra carlista, desarrollada al pie del trono de Alfonso XII; y dió fin de ella en Cataluña, merced a su labor conciliadora, valiéndose tanto de las armas como de la diplomacia. Tendió Martínez Campos a humanizar la guerra, firmando en 1875 un convenio con el



Estatua del general Espartero, en la calle de Alcalá.



Estatua del general Marqués del Duero, en la Castellana.

jefe carlista Tristany, de mucho respeto y auxilio para enfermos y heridos.

Y al lado de ellos, mostrando otro distinto aspecto, está el General Gutiérrez de la Concha, Marqués del Duero, cuya estatua ecuestre pone su distinguido porte en el Paseo de la Castellana. Fué el Marqués del Duero prototipo del militar culto y valiente; prendas que puso de manifiesto en repetidas ocasiones. Peleó en la guerra carlista. Mandó el ejército expedicionario destinado a penetrar en Portugal para acudir en auxilio de la reina Doña María de la Gloria, cuyo trono afirmó, venciendo en Oporto a las tropas mandadas por el Conde das Antas, servicio éste por el que se le otorgó el título de Marqués del Duero. La diputación provincial de Barcelona le regaló una espada de honor, en cuyo pomo tenía 1.000 diamantes. Sus estudios y amplia cultura militar le permitieron escribir su famosa obra "Táctica de las tres armas", que produjo grandes ideas reformadoras en toda la Europa militar. Dedicó especial atención a los estudios acerca de los mejores medios para el desarrollo de la cultura.

Y así, como éstos, muchos otros ilustres generales proclaman, por medio de las estatuas que los representan, la directa influencia que la vida militar española ha tenido en el pueblo. Unidos ambos factores por el broche del amor a la Patria.

JOSE CASTELLON.



EL RAPTO DE ARGEMIRA

I

Bajo el fuego abrasador de un sol vertical, templado por las áureas oceánicas que besaban al pasar la lujuriente vegetación del volcánico archipiélago, recaló el día 8 de noviembre de 1522, en la solitaria ensenada de la isla de Tidore el resto glorioso de la invicta armada española que a la sazón comandaba el general Gonzalo Gómez de Espinosa.

Aún no habían terminado las maniobras de echar anclas, cuando Almanzor, rey de Tidore, embarcado en el esquife real, que, por su magnificencia, parecía la góndola de un poderoso dux, presentóse ante los bajeles castellanos. El monarca tidorente, cuyas luengas barbas rizadas y nariz repulgada recordaban la característica fisonomía de los antiguos reyes de Asiria, llegaba reclinado debajo de un amplio dosel de seda escarlata que cubría la mitad de la indiana embarcación. Custodiábanlo dos negros esclavos, cuyos rostros, avivados por el lustre natural, resplandecían a la luz solar como dos planchas de bruñido acero. Uno de ellos era portador de los atributos reales, y el otro servíale al monarca perfumadas hojas de bétel.

A requerimiento del general Espinosa, el rey de Tidore subió a bordo de la "Victoria", y acto continuo fué introducido en la cámara de proa, donde, ante un improvisado trono, todos los tripulantes de la armada rindiéronle prueba de vasallaje con un besamanos a la clásica usanza castellana.

Cuando finalizó la cortesana ceremonia, el general Gómez de Espinosa y Luzmila, una esclava que Magallanes obtuvo en la isla Trapolana, y que entendía la jerigonza de aquellas regiones, refirieron al rey los crueles padecimientos soportados en la arriesgada navegación, especialmente desde el arribo a las Desventuradas, donde el hambre obligóles a nutrirse con las correas de las jarcias, hasta su desesperada llegada al reino de dejando por un instante de mascar el coco envuelto en hojas de bétel.

—Con el honrado pretexto—repuso Espinosa—de entregarnos una magnífica joya para nuestro rey, fuimos invitados a un festín, el cual, debido a la traición de un esclavo de Magallanes, tuvo trágico fin. Una tribu hizo irrupción en medio de la fiesta, y la mayoría de los comensales castellanos fueron cruelmente sacrificados.

—Y durante tan larga navegación, ¿murieron muchos de los vuestros?—interrogó Almanzor.

—Magüer la heroica resistencia y la pujanza del brazo castellano, los vientos de la adversidad diezmaron nuestras legiones, arrebatándonos la flor de la armada.

Hernando de Magallanes sucumbió gloriosamente en la terrible refriega de Matán; la vida de Juan Serrano apagóse en medio de la algazara de una tribu demente, y Duarte Barbosa, que había substituído en el generalato a Magallanes, fué ultimado en el trágico festín de Zebú...

Y después de relatar otros episodios menos interesantes, el general Espinosa pidió al rey Almanzor que le permitiera desembarcar con su gente, para oír misa en tierra, a lo que el monarca accedió, mientras recibía como



magnífica ofrenda unos vestidos de grana y una gorra encarnada.

Las atónitas tribus acogieron a los castellanos con franca expansión jubilosa, tanto más justificada cuando sobre sus manos encallecidas por el continuo blandir de las lanzas comenzaron a llover sartas de cuentas de cristal, vasos dorados, espejos y otras baratijas que provocaron la admiración de los tidorenses.

Las bellezas naturales de la región, magnificadas por una esplendorosa puesta de sol tropical que vestía de oro las feraces praderas, impresionaron tan hondamente el espíritu de los castellanos, que Sebastián del Cano exclamó, con cálido entusiasmo:

—Si los primeros pecadores del mundo, Adán y Eva, retornaran a este planeta, para pecar de nuevo, aquí hallarían por cierto su perdido paraíso...

II

Aquella noche el palacio de Almanzor habíase convertido en un fantástico castillo de luces que iluminaban con resplandores de incendio la dormida ensenada, sobre cuyas olas eternamente gemidoras cuajaban los besos de la reina de la noche, como si fueran hermosas perlas de Borneo surgiendo de la líquida llanura. Negros cancerberos, lanza en ristre y a manera de guardias pretorianas, cuidaban las dependencias del palacio real, transformadas en deslumbrantes bazares orientales, tal era la profusión de objetos que el arte indiano había aglomerado con singular acierto.

Llenaban las adyacencias de la mansión real numerosas tribus que, enardecidas por las típicas danzas y las libaciones alcohólicas, festejaban bulliciosamente el faus-

to acontecimiento. Ibanse a consagrar con inusitada pompa los reales esponsales de la princesa Argemira, hija del rey de Tidore, con el príncipe Chécile Derois, hijo del rey de Ternate, boda que, concertada mediante los buenos oficios de los castellanos, ponía término a la perdurable guerra que venían sosteniendo ambos monarcas con motivo de disputarse la supremacía de sus respectivos dominios.

Los castellanos acudieron al festín de la boda, pero, en previsión de que pudiera repetirse el trágico episodio de Zebú, apostaron en la sala de la guardia cuatro marineros armados de punta en blanco. Una vez que los comensales ocuparon sus puestos, los novios, deslumbrantes por las muchas joyas que cargaban encima, presentaron en la movida sala del festín. La princesa Argemira, poseedora de todos los encantos físicos de una mitológica beldad, conquistó de súbito la admiración unánime de los castellanos. Diríase que cada raza humana hubiérale prestado el rasgo más saliente de su clásica belleza, algo de esa fuerza anímica que hermosa la mirada y marca un ritmo voluptuoso a los movimientos del cuerpo.

—¡La princesa es encantadora!—exclamó el capitán del Cano, dirigiéndose al maestre Miguel de Rhodas, que estaba a su lado.

—Sí—repuso éste—, y por su belleza exótica deduzco que la princesa debe ser oriunda de otro país...

—De Arabia, sin duda. Su padre dice ser hijo de un califa...

—Es posible—repuso el de Rhodas.

—¿Y no habéis reparado—agregó el capitán del Cano—que el brillo de sus zarcillos de oro se oscurece en la vecindad de esas pupilas moriscas que parecen diminutos paraísos luminosos?

¡O estrellas encendidas en el altar del amor que merecen ser adoradas por su luz divina!—murmuró, encendido de pasión, el capitán del Cano.

—Páreceme, don Sebastián, que os vais enamorando de la princesa....

—¡Pardiez! Os juro que me asaltan intenciones de robársela a ese principillo de Ternate, a quien de buena gana cargaba de cadenas y... ¡a la bodega con rumbo a España!

—¡Buen presente sería para nuestro rey!—exclamó jocosamente Miguel de Rhodas.

—Encoguidos por la belleza de la princesa—observó Luzmila terciando en la plática de los castellanos—, no habéis reparado en la expresión melancólica de su mirada.

—¡Es la dulce tristeza de la doncella que va plegando las alas de ave soberana para convertirse en esclava de la voluntad de un esposo!—murmuró don Sebastián.

—No; la hija del rey se sacrifica heroicamente por la paz de su pueblo. Ella no ama al príncipe.

—¿Quién os lo ha dicho?—preguntó el capitán del Cano con visible emoción.

—El cacique que está a mi lado—repuso la esclava con voz tan apagada que apenas se estremecieron sus labios.

A raíz de esta revelación el capitán del Cano dirigió la visual hacia la testera de la mesa. La princesa mirábase con implacable fijeza, despertando la curiosidad de los invitados. Parecía la muda rebelión contra una vida que iba a sacrificarse el sublime arrobamiento ante una visión de amor que surgía de improviso...

—Barrunto—dijo Miguel de Rhodas, arrancando de



su éxtasis al capitán—que el alma de Argemira va filtrándose en vuestras pupilas.

—¡Será un amor que llega tarde!—murmuró débilmente el capitán, cuya mirada al apartarse de Argemira, fué a caer en el abismo de los ojos negros del príncipe Chécile Derois, que relampagueaban de odio salvaje.

El capitán del Cano había aparecido por primera vez ante los ojos de la princesa en una hora inolvidable para ella. En la mañana del mismo día del festín, el general Espinosa, para demostrar a los aborígenes la pujanza de sus hombres, dispuso que frente al palacio real una legión de salvajes disparara sus flechas y chuzos contra el cuerpo de un castellano que acudió a la lid con peto, cota y celada. El rey Almanzor y su hija presenciaron inmóviles la desigual batalla, la cual, a raíz de las sendas cuchilladas que repartiera el castellano, terminó con la vergonzosa derrota de los aborígenes, que no lograron ofender al hombre armado. Cuando éste apartó de su rostro la celada, Argemira quedó profundamente impresionada por el donaire del esforzado guerrero: era el capitán del Cano.

III

El festín tocaba a su término cuando un extraño personaje penetró en la sala interrumpiendo las últimas libaciones de "arach", vino de arroz, del cual los tidorenses abusaban exageradamente. Almanzor incorporóse en señal de acatamiento los castellanos miráronle con más desconfianza que curiosidad, y de todos los circunstantes, tan sólo la princesa Argemira tembló de pavor ante aquel inesperado convidado de piedra que involucraba dos investiduras: astrólogo y primer sacerdote del reino de Tidore. Era un hombre de hercúleas formas y repulsiva figura.

Aquel minuto fué de inquietante expectación. Roxengale, que así se llamaba el recién llegado, acercóse cremoniosamente a la princesa y, con vanidoso continente, hablóle de esta suerte:

—Excelsa princesa de Tidore: las estrellas lloran por tí... ¡En este plenilunio tu dulce nombre está escrito con luz de plata y el genio del bien y del mal aguarda tu bello sacrificio para renovar en el reino de Tidore la siembra de la felicidad!

El breve y enigmático discurso de Roxengale sólo fué comprendido por los aborígenes; y la misma intérprete Luzmila, para satisfacer la natural curiosidad de los castellanos, vióse en el trance de preguntar al cacique de marras a qué venía ese llanto de las estrellas, en qué sitio resplandecía el letrero luminoso con el nombre de Argemira y en qué consistía el "bello sacrificio" de la princesa, que invocara Roxengale. El cacique dió cumplida satisfacción al interrogatorio de la antigua esclava de Magallanes.

Siguiendo una vieja tradición, sustentada en los últimos tiempos con raro empeñamiento por el astrólogo Roxengale los tirodenses entregábanle como obligado tributo, al iniciarse cada plenilunio, una hermosa doncella para que fuera inmolada en aras del ídolo que veneraban las ignorantes tribus de Tidore. La designación de la joven destinada al sacrificio, hacía el propio Roxengale, después de fantásticas investigaciones en el sistema planetario y como resultado de cabalísticas combinaciones. Luego la "feliz elegida", al decir de los tidorenses, era conducida por el astrólogo hasta el templo



Retrato, por Ignacio Zuloaga, del gran navegante vasco Sebastián del Cano.

fetichista, erigido en un islote comercano, y allí se le abandonaba a la voracidad de un vampiro que simbolizaba el genio del bien y del mal. Consumado el trágico festín de la bestia venerada, Roxengale regresaba a Tidore llevando el cadáver exangüe de la víctima, para que sus deudos le dieran piadosa sepultura.

Ante esta monstruosidad abyecto producto del más crudo fanatismo, los castellanos intercedieron en favor de la princesa; pero Almanzor y Roxengale oíserváronles que del sacrificio de Argemira dependía la felicidad de todo el reino. Los tidorenses creían que después de consumarse tal sacrificio el sol brillaría con más esplendor, el cielo vestiríase de un azul más puro, los campos reverdecerían y el mar escondería su encono entre las algas de sus profundos abismos...

La cariacontecida princesa escuchó su sentencia de muerte con la resignación de una mártir que sin rebeliones marcha hacia el supremo sacrificio de la vida, y de su mirada, puesta en alto, parecía emerger una súplica; hubiérase creído que imploraba la protección de los ángeles.

IV

Aquella noche trágica de pálidas estrellas y velado plenilunio el reino de Tidore aparecía como la visión melancólica de una isla silenciosa sumergida en el misterio solemne de las regiones etéreas.

Una extraña procesión de embarcaciones indianas, con sus luces blancas en la proa y precedidas por el esquife real, deslizábase frente a la costa tidoreña. Era el mustio cortejo de la princesa Argemira en sus desposorios con el vampiro; y aquella movediza guirnalda de luces titilantes contemplada desde los bajeles castellanos, evo-

caba con perfiles macabros una lejana piara de almas blancas, peregrinando sobre los mares callacos, en nocturna huida hacia la eternidad...

El príncipe Chécile no figuraba entre los acompañantes de la princesa; pero un invisible batel de vela latina, como perdido entre las sombras oceánicas seguía, con distinta ruta, el mismo derrotero del cortejo. El desembarco de Argemira y Roxengale en el islote comarcano realizóse silenciosamente, y a la vez que la comitiva de caciques y castellanos, encabezados por Almanzor, regresaba a Tidore, la princesa y el astrólogo penetraron en una gruta costanera que la habilidad de este último había transformado en el gentílico templo del ídolo. Momias de viejos sacerdotes, fieras disecadas y tétricos esqueletos de rapaces, eran las inmóviles figuras macabras que poblaban aquel antro, donde Argemira sintiera circular por sus venas el soplo helado de la muerte.

Después de algunas ridículas contorsiones ante un viejo Alcorán el astrólogo invocó a los falsos dioses, y luego hizole ingerir a la princesa una pócima o licor sagrado que surgió los efectos letárgicos de un narcótico, pues la doncella cayó en un profundo soponcio que Roxengale celebró con una sonrisa satánica.

Aquel brebaje embelleció de tal manera el semblante rígido de la princesa que Roxengale permaneció largo rato como arrobado ante aquella peregrina hermosura, la cual, tendida sobre un blando lecho de magníficas telas superpuestas, incitaba a la más profunda veneración. Luego el astrólogo, acosado por los fantasmas de la sensualidad, inclinóse para besar a la princesa, cuando repentinamente un hombre encubierto apareció allí de súbito, a la vez que en las oscuras entrañas de la gruta percibíase el aleteo del insaciable vampiro que se aprestaba a chupar la sangre hirviente de la presentida víctima.

El encubierto que era el único tripulante del misterioso batel de la vela latina, logró sorprender, recurriendo a un temerario espionaje, la obra nefanda e indigna que pretendía realizar Roxengale.

Descubierta la superchería Roxengale vióse obligado a vender cara su vida. La lucha que se entabló entre aquellos dos hombres culminó en un encarnizamiento feroz, hasta que por fin Roxengale, desconcertado y molido por los certeros golpes del inesperado defensor de la princesa, rindióse a su rival, quien hizole merced de la vida, prometiendo, además, no entregarle a las represalias de las vengativas tribus de Tidore.

Extinguida la vida del vampiro a raíz de una formidable cuchillada, el encubierto cargó con la desvanecida princesa y, arastrando consigo al superchero, embarcaron los tres en el batel, que se apartó de la solitaria costa con la propa puesta en dirección al apostadero de la armada. El improvisado raptor de la princesa de Tidore era el esforzado vizcaíno, don Sebastián del Cano.

La aurora teñía con su diáfana luz rosada el confín de las aguas, cuando a bordo de la "Victoria" la princesa de Tidore volvió de su desmayo como si despertara de

una horrible pesadilla, sintiendo ese cansancio que raya en la inconsciencia. El capitán del Cano, que no se había apartado de su lado, refirió a la princesa, que le escuchó con mudo espanto, el episodio de la noche antes y cómo llegó a tiempo para frustrar el infame atentado de Roxengale.

—Así que mientras mi prometido, el príncipe de Ternate, descansaba cómodamente en su palacio, vos jugabais vuestra vida por salvar la mía?—exclamó la princesa.

—Honra muy grande para mí fué la de arrebatáros a las garras de la muerte—repuso el capitán.

—¿Y ahora me entregaréis a mi padre?—preguntó Argemira, envolviendo a su interlocutor con una mirada de intensa admiración y reconocimiento.

—No; ayer os arranqué de los brazos de Roxengale, y hoy os alejo de esta vida salvaje, que no merecéis, para llevaros a mi tierra, donde la legendaria gentileza de los hombres es trono alzado a la soberana belleza de las mujeres. Allá bella Argemira, a través del profundo amor que ya os profeso, vuestra mirada irradiará en medio de las vegas sevillanas, resplandecientes bajo el sol de Andalucía, en los vergeles moriscos de la maravillosa ciudad de los califas, vuestros antepasados.

—¡Basta, por favor, don Sebastián!—exclamó Argemira, marcada por las cálidas palabras del capitán—. ¡Sí; iré con vos!... Llevadme a vuestra tierra; quiero ver el sol de ese hermoso país, y quiero verle con vos, convertida en esclava de vuestro albedrío.

Estas palabras fueron pronunciadas con tal vehemencia y apasionado desborde que, por toda respuesta, el capitán del Cano abrazó efusivamente a la princesa, y en sus mejillas, aún enrojecidas por el licor divino de Roxengale, estampó un beso que la suave brisa del mar llevóse como una prenda de amor recogida en el camino.

V

El rey Almanzor esperó inútilmente la entrega del cadáver de su hija; y como tampoco apareciera el taimado Roxengale quedó plenamente convencido de que éste había huido con la princesa. Varias tribus recorrieron todas las islas comarcanas en busca de los desaparecidos; y como no fueran hallados, Almanzor dictó pena de muerte para el prófugo Roxengale, autor del rapto de Argemira.

Cinco días después de estos acontecimientos, el general Espinosa dispuso que, con un cargamento para la Especiería de Castilla, la nave "Victoria" levantara anclas, llevándose la más preciada perla tidorense, y encarcelando en la bodega, al impostor Roxengale para ser desembarcado en el primer puerto donde recalara la nave en su viaje de regreso a España.

Y desde el inolvidable rapto de Argemira quedó abolido para siempre aquel tributo de sangre de la tradición secular; ¡las hermosas vírgenes del Tidore, en cada plenilunio y sin temor al fantasma homicida de Roxengale, podrán dormir confiadamente el dulce sueño de la inocencia!

ALEJANDRO ROMULO CANEPA

LA HEGIRA

— por Lucas González Herrero —

¡Con cuánta razón afirma el conocido adagio castellano que nadie en su tierra propia puede ser profeta! Nadie; ni aún el profeta por antonomasia Mahoma, pudo serlo en su patria chica, en la Meca. Apenas comenzó a predicar su doctrina, sus propios paisanos, creyendo que ésta proscibía las peregrinaciones a la baába, venero abundantísimo de copiosas riquezas para la ciudad, tan franca y duramente hostiles se le declararon que, para salvarse, tuvo Mahoma que huir precipitadamente de su ciudad, yendo a guarecerse a Satreb—hoy Medina—, rival encarnizada, por el comercio, de la otra; siendo allí objeto de una tan óptima acogida como él jamás llegara a sospechar, hasta el punto de llegar a poner a su disposición el mejor templo, al que Mahoma dió el nombre de Mezquita, donde comenzó a establecer el nuevo culto, consistente entonces en ayunar el mes de Ramadán y orar alguna vez al día con la cabeza vuelta hacia Jerusalén; particularidad esta última que bien pronto rectificó, al no ser muy del agrado de los creyentes, ordenando que la volbiesen hacia Oriente.

Esta memorable huida de Mahoma de la Meca a Satreb marca la más grande efeméride del Islam, y sirvió a sus sectarios para el comienzo de su cómputo cronológico, siendo conocido automáticamente por el nombre de "Hégira", palabra árábica que significa huida. La "hégira" comienza en el primer día de "Moharren", primer mes del año árabe que corresponde al 16 de julio en nuestro año solar; mas no en el suyo, lunar, que consta, por ende, de trescientos cincuenta y cuatro días, ocho horas y algunos minutos, casi once días de diferencia al año y tres años al siglo. En la citada fecha del año 622 ocurría la famosa huida. Hace, pues, catorce siglos de la "Hégira", principio del calendario musulmán. Por esta razón, cuanto se diga de Mahoma o del Islamismo tiene una indiscutible actualidad.

Sobrado conocida es la personalidad de Mahoma. Nadie ignora que descendía de los "boraixitas", que a su vez descendían de Ismael; que era de familia noble, pero arruinada; que se educó (en qué consistiría entonces la educación árabe, cuando no supo en su vida escribir su nombre?) con Abek-Talet, jefe de su tribu; que a los doce años viajaba por la Siria y la Palestina, conversando con judíos y monjes nestorianos; que era de viva imaginación, de privilegiada memoria; que concibió la idea de unificar (en la anarquía religiosa ambiente en aquellos caducos im-



perios orientales que se desmoronaban por su corrupción) las masas dispersas de la Arabia y lanzarlas, como elemento militar, a la conquista del mundo; que era de hermoso y apuesto continente, por lo que, unido a ello su fama de experto comerciante, enamoróse de él una viuda, nada joven ni guapa, pero muy rica, llamada Kadija, que le puso al frente de sus negocios, con la que se casó cuando sólo contaba veinticinco años, siendo esto el verdadero principio del mahometismo; que entones fué cuando, retirándose varios meses del Ramadán a la soledad y meditación, concibió el plan de su nueva religión, a base de las prácticas y tradiciones de la raza, con recortes judíos y cristianos y ciertos restos del paganismo.



Quince años tardó en madurar su plan; al cabo de éstos, estando un día en su retiro del monte Ara, dice el Korán, apareciósele el arcángel San Gabriel y conversó con él, enseñándole los fundamentos de la nueva religión y los designios de Dios, terminando su conversación con estas palabras: "Tú eres el Apóstol de Dios; no hay más Dios que Alhá y Mahoma su Profeta." Y añade que le arrebató en el caballo que cabalgaba, "El-Borak", y a través de los espacios le paseó por los siete cielos hasta conducirlo a presencia de Alhá, que le confirmó lo dicho por el arcángel.

Y entonces comenzó a predicar su religión, ocurriendo la huida y ocurriendo el recibimiento magno que le hicieron en Satreb, con todos los sucesos que nadie tampoco ignora, hasta que marchó militarmente sobre la Meca, tomándola por las armas e imponiendo por ellas allí el nuevo culto, al que consagró la baába, luego de destruir los trescientos repugnantes ídolos que en ella se adoraban, dejando tan sólo la famosa piedra que, según la tradición, viene de Abrahán y los amalecitas; siendo proclamado jefe y pontífice de los "islamitas", nombre que daba a los nuevos fieles de Mahoma. En esta primera jornada militar tuvo catorce muertos, en Berel, cerca del mar Rojo, y fueron tenidos como mártires, y la victoria a milagro y a que Dios favorecía sus planes; Draper dice "que entonces se convenció de que el mejor argumento sería siempre la cimitarra y el alfange", en combinación—añadimos nosotros—de aquella promesa del sura II: "matad vuestros enemigos donde quiera que los encontréis; el paraíso está al abrigo de la espada"; y ya se sabe que enemigo era todo aquel que no profesara sus creencias.

El Korán es su única obra, que escribió a su dictado su sobrino Alí (ya hemos dicho que no sabía escribir; una sola vez que firmó hizolo imprimiendo su mano mojada en tinta), y es un libro dividido en dos partes, una dogmática y moral la otra, constante de ciento catorce capítulos o "suras", redactados en forma de versículos. No es escaso su valor literario, hallándose en él a veces verdaderas bellezas retóricas y algunos pensamientos y máximas sublimes—los que tomó de la Biblia—, pero, aparte de esto, todo lo que en él se respira no es sino repugnante y grosero materialismo, y un aliento y divinización de esas pasiones feroces de la bestia humana, que llenan las cárceles en el mundo civilizado, y una exaltación viva del más ardiente sensualismo...; ¡todo lo que él creyó que más alentar y cautivar podía a su fiera y salvaje raza, y lo que más, por consiguiente, le convenía explotar para el logro de sus designios. Ese es el Korán; esa es la obra de Mahoma, quien, como caudillo del pueblo árabe, tiene una grandeza indiscutible por su perfecto conocimiento de su gente y su gran tino en dirigirla y manejarla; pero que, como innovador, carece en absoluto de mérito, pues su moral es perversa y corroxiva, su ciencia militar nula,

su dogmática, aparte lo plagiado, absurda y caprichosa, y civil, socialmente, algo deplorabilísimo.

El Korán fué promulgado en la Meca en la última peregrinación que hizo, y a la que le siguieron más de noventa mil peregrinos; contaba ya sesenta y tres años. En el acto de la solemnidad dió siete vueltas a la baába, besó la misteriosa y antigua piedra, inmoló sesenta y tres víctimas, tantas como sus años, y se rasuró la cabeza, siendo recogidos sus cabellos como reliquia veneranda, a los que los árabes atribuían sus victorias.

El Korán no habla de milagros hechos por Mahoma, pero su gente le ha colgado algunos y creen en ello. Dicen que sus coetáneos le obligaron, para que demostrase que era el profeta de Alhá, que hiciese tres milagros, según transcribe el sabio historiador eclesiástico González Fernández: 1.º, que dejase el cielo en tinieblas; 2.º, que hiciese aparecer la luna, y 3.º, que la hiciese descender e inclinarse sobre la baába o Casa Santa.

Y Mahoma hizo tal como le fué pedido, y en el tercero, la luna, después de lo que le pedían, así como de *propina*, dió siete vueltas a la baába y, yendo a posarse sobre el montículo Alui-bobiad pronunció un discurso ensalzando al Profeta; después se metió por la manga derecha de su hábito, salió por la izquierda y se dividió en dos mitades, una que marchó a Oriente y otra a Occidente, volviendo en su órbita a juntarse y seguir su curso ordinario. De aquí la media luna emblemática de los musulmanes que campea en sus banderas y estandartes y en todas sus insignias militares.

Mahoma, ante todo, era un gran sensual sin par ni precedente. Su afición a las mujeres era tan desmedida, que ha pasado como proverbial a la Historia.

Muerta Kadija llegó a tener quince esposas, visitándolas a todas todos los días.

El Korán prohibía tener más de cuatro mujeres, pero a Mahoma le dispensó Alhá para tener las que quisiera, aunque fuesen esposas de sus amigos o parientes. Para Mahoma la felicidad consistía en tres cosas: la oración, las mujeres y la fragancia.

He aquí lo que el Profeta prometió a sus fieles en el Paraíso: Cada uno de los creyentes será dueño de alcázares de oro y poseerá en ellos tiernas doncellas de ojos negros y rasgados y tez alabastrina; sus miradas, más agradables que el iris, no se fijarán más que en vosotros; aquellas huríes no se marchitan nunca y serán tales sus encantos, tan aromático su aliento y tal el fuego de sus labios, que si Alhá permitiese que apareciera la menos bella en la región de las estrellas, de noche, su resplandor inundaría el mundo entero... El menor de los creyentes tendrá una morada aparte con setenta y dos huríes y ochenta mil esclavos... Descansaréis en lechos de plumas y beberéis vinos deleitosos que no embriagan... El aire que allí se respira es un bálsamo formado con el aroma del arrayán y del nardo, del jazmín y el

azahar... El trono del Altísimo cobija aquella mansión de delicias, en donde seréis amigos de los ángeles y conversaréis con el Profeta... Campana de plata, movida suavemente por la brisa, entonará con melodía divina las alabanzas del Señor... La llave de este Paraíso es la cimitarra.

Este final era lo por él pretendido.

Con esto como arenga para el combate; con las ideas fatalistas sobre la muerte que les inculcó; con sus preceptos militares de expolio, sangre, venganza y exterminio, ¿qué podía oponerse a la fiera sensual del árabe, exacerbada así en su fiera y en su sensualidad?

Lo único que podría detenerles sería la muerte, y esto era lo que ellos buscaban, porque era la realización de tanta y tan bella y dulce promesa; porque "los que mueren en las batallas son los predilectos de Alhà y cuya recompensa excede a todas".

Y por si aun dudaran, allí estaba la voz del Profeta, como hoy la del santón, clamante: "Delante de vosotros está el Profeta aguardándoos en el Paraíso; morid matando, que así os hacéis más gratos a Alhà; vuestra sangre será recogida por sus huries, sobre cuyos eternamente virginales senos descansaréis..."

He aquí el secreto de Mahoma, que no se sabe cómo ha podido llevar catorce siglos de existencia...

Barniz charol Blanco para correaes del Ejército

Perseverante en perfeccionar la fabricación de mis barnices para correaes del Ejército, hoy puedo ofrecer ya un nuevo barniz para correaes blancos, que por sus condiciones tiene grandes ventajas sobre el empleo del albayalde y la cola (procedimiento antihigiénico y dañoso para la salud). Por su fácil aplicación y rapidez en secar permite obtener en breve tiempo un cha-

Precio del frasco, 1,75 pesetas



MUESTRAS A DISPOSICION DE LOS
SEÑORES JEFES QUE LO SO NECESITEN

UNICO FABRICANTE DEL ACREDITADO

BARNIZ AMARILLO

PARA CORREAES DE LA GUARDIA CIVIL

Marca "EL TRICORNIO"

I. RODRIGO

TOLEDO, 90

MADRID

PASATIEMPOS

Dos individuos que, merced a algunas contratas, habían ascendido durante la guerra civil a capitalistas, disputaban un día en la Bolsa.

En el calor de la discusión dijo el uno de ellos al otro: "Recuerda que has sido mi criado."

—"Convengo en ello, respondió éste: pero si tú lo hubieras sido mío, lo serías aún."

Un joven había asesinado a su padre y a su madre, llenando de terror a la comarca. Debía ser sentenciado a la pena de muerte en garrote vil; pero el juez, como de costumbre, le dijo después de haberle tomado declaración:

—¿Tiene usted algo más que alegar en su defensa?

—Sí, señor... Quiero que el tribunal tenga en cuenta que soy un pobre huérfano.

El célebre Torremocha, que hizo muchos años las delicias de Madrid con sus extravagancias, padecía desde muy joven una monomanía filarmónica incurable.

Pocos momentos antes de expirar entró a verle un amigo.

—¿Cómo estás? le preguntó con interés.

—Voy a cantar el aria final, contestó Torremocha.

MELODIA S. A.

MADRID Avenida del Conde de Peñalver, 1

PIANOS VERTICALES Y DE COLA

(FABRICACION ALEMANA)

AUTOPIANOS

INTERPRETADORES

MELODIA

Reproducen con absoluta exactitud las obras interpretadas por los mejores artistas del piano

NAVAS - Gorras - Bordados
- - - Banderas - - -

23, CARMEN, 23 - MADRID

SECCIÓN DE PASATIEMPOS

POR RAMÓN MARAVER

PEROGUILLADA

Nº 24

CONCURSO

EN LA COMIDA

Nº 25



QUE

NOMBRE

Misceláneas

En un examen.

—¿Qué es cuerpo transparente?

—Todo aquel a través del cual pueden verse los objetos.

—Cíteme usted un ejemplo.

—El ojo de la cerradura.

En un hospital, el médico se

DE OCTUBRE, NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1925

Para conocer las bases de este concurso véase nuestro número de 10 de octubre.

acercas a la cama de Gedeón, y le pregunta:

—¿Cómo se encuentra usted?

—Tan mal, que si ahora mismo me dijese que me había muerto, no me extrañaría.

Los niños indiscretos.

La pequeña Rosita dice a su tía Clara, que frisa con los cincuenta años:

—¿Es verdad, tía, que eres todavía solterona?

Cupón núm. 8

de la serie de nueve, que deberá acompañar al pliego de soluciones del CONCURSO de octubre a diciembre.

Julio



Agosto
1

—¡Niña, no seas impertinente! Esas cosas no se preguntan.

—¿Por qué, si tú no tienes la culpa? Dicen que has puesto todos los medios para evitarlo... ¡Y debes tener tu conciencia tranquila!

PALARAS CRUZADAS

(Fuera de concurso.)

HORIZONTALES

1. Ilustre general español.—2. Letra.—3. Dios mitológico.—4. Artículo.—5. Emperador romano del siglo I.—6. Tajo.—7. *Litri*.—8. Río.—9. Capital europea.—10. Carril.—11. Raza.—12. Reptil.—13. Nombre.—14. Casa.—15. Vocales.—16. Tifus.—17. En el juego de "Mag-Jongg".—18. Letra.—19. Fuerzas.—20. *El niño de la palma*.—21. Inspirado maestro de música.—22. Del alfabeto griego.

| | | | | | | | | | |
|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|
| | 1 | | 28 | 30 | 31 | 33 | 2 | | |
| 23 | | | 3 | | 4 | | | | 37 |
| | | | 5 | | | | | | |
| 6 | 25 | 26 | | 7 | | | 8 | 35 | |
| 9 | | 27 | 29 | | | 10 | | 36 | |
| 11 | | | | | | 12 | 13 | | 38 |
| 14 | | | | 15 | 32 | | 16 | | |
| 24 | | | 17 | | 18 | 34 | | | |
| | | | 19 | | 20 | | | | |
| | 21 | | | | | | 22 | | |

VERTICALES

23. Gracioso actor.—24. Artículo.—25. Letra griega.—26. Nombre musulmán.—27. Negro.—28. Delincuente.—29. *Fleta*.—17. Letra.—30. Enfermedad.—15. Verbo.—31. Con una M, cuadrúpedos.—32. Verbo.—33. Al revés, patriarca.—10. Letra.—34. Letra.—8. Reino.—35. Con una h, mamífero.—36. Nombre.—37. Valiente matador de toros.—38. Elevada.

EL MEJOR PURGANTE **CARABAÑA**

— es el agua mineral natural de —

DEPURATIVA, ANTIBILIOSA, ANTIHERPETICA

DE VENTA EN TODO EL MUNDO

JABON SALES DE CARABAÑA

— EL MEJOR PARA EL CUTIS —

Propietarios: Hijos de R. J. Chavarri -- Lealtad, 12. MADRID

RECLUTAS DE CUOTA

Acudid para aprender la instrucción a la
ESCUELA CIVICO-MILITAR
La mejor y más conveniente.

ZAPATERIA DE LUJO

Los calzados de esta casa están contruidos a mano

MESONERO ROMANOS, 3 (esquina a Carmen)

LAUREANO CASADO

TALLERES: BONETILLO, NUM. 14. — MADRID

— Especialidad en obra ortopédica —

FABRICA DE CORONAS, FLORES Y PLANTAS

RUBIO

Precios sin competencia * Exportación a provincias

3, Concepción Jerónima, 3 - Tel. 59 M.

--- Edificio propio --- Esta Casa no tiene Sucursales ---

Descuentos y facilidades de pago a petición de los señores Jefes y Oficiales del Ejército

rotas de su vestido, ya seco. Me contrariaba tenerla siempre presente, pero no podía echarla a la playa para que se las compusiera como Dios la diese a entender. Su carácter presentó aquel día una fase nueva; me señaló el vestido, luego el sitio de la catástrofe y después levantó en el aire un dedo, dándome a entender si ella sola era la superviviente; y cuando asentí, se levantó dando un grito de alegría y comenzó a bailar primero alrededor del cuarto y luego fuera de la casa, cantando al mismo tiempo con voz aguda un cántico bárbaro de inmensa alegría. La llamé—. ¡Venga y tranquilícese, traviesa joven!—Pero ella siguió en su danza. De repente corrió hacia mí y cogiéndome la mano antes de que yo pudiera retirarla, la besó. Mientras comíamos vió uno de mis lápices y tomándolo escribió dos palabras: "Sofía Ramusine"; su nombre sin duda; puso

el lápiz en mi mano pensando tal vez que yo sería igualmente comunicativo, pero le guardé sin ganas de conversación. Cada momento que pasaba sentía más haber salvado a la mujer aquella. ¿Qué me importaba a mí que viviese o dejase de vivir? Yo no era joven ardoroso para semejantes aventuras; ya era de sobra molesto tener conmigo a Margarita, pero ésta por lo menos era vieja y fea, en tanto que la nueva era joven y vivaracha, y yo estaba acostumbrado a preocuparme de cosas más serias que todo aquello. ¿Dónde la mandaría y qué podría hacer de ella? Si daba parte vendrían a indagar, a preguntar, y eso era para mí detestable y peor que soportarla. Pronto vi que me estaban deparadas contrariedades nuevas, y que no hay un sitio tranquilo en medio del enjambre ágitado, del que soy un miembro.

Hijo de B. Castells

Fábrica de artículos militares-Especialidad en condecoraciones nacionales y extranjeras-Fábrica de galonería de oro, plata, seda, y estambre-Taller de Guarnicionería militar-Proveedor de la Real Casa-Fundada en el año 1834 :: Escudillers, 17 :: BARCELONA
FABRICA EN GRACIA-Sección especial para la confección de distintivos esmaltados para Clubs Náuticos, automóviles, Foot-Ball, excursionistas y demás sociedades deportivas. Congresos, Centros religiosos, orfeones, etc.

SOMBRERERIA de JORGE GRACIA

Agente exclusivo de las marcas inglesas

Casa especial en gorras de uniforme, rôses de gala y de diario para el Ejército
ZARAGOZA, 58, COSO :-: Teléfono 752

Un atardecer, cuando el sol se ocultaba tras los montes ensombreciéndolos y dorando las arenas como una gran gloria sobre el mar, iba, como de costumbre, dando un paseo por la playa, y sentándome en la arena me puse a leer, pues casi siempre llevo conmigo un libro. De pronto ví que algo se interponía entre el sol y yo, dándome sombra, y al levantar la cabeza ví sorprendido que era un hombre, alto y robusto, que estaba a unas cuantas yardas de mí, y que sin advertir mi presencia miraba con semblante duro a la bahía y la línea negra de los arrecifes de Mausie. Era moreno, con pelo negro y barba corta y rizada, nariz aguileña y pendientes de oro en las orejas; era el tipo del salvaje ennoblecido. Llevaba una chaqueta de terciopelo desteñida, una camisa de franela encarnada y botas altas que le llegaban al muslo. Reconocí en él al momento el hombre que había visto tástrofe.

—Llegó usted a tierra firme, ¿eh?—dije con tono de pocos amigos.

—Sí—me contestó en correcto inglés—. No ha sido obra mía; las olas me llevaron a la playa, aunque pedía a Dios que me metara—. Tenía dejo de extranjero agradable—. Dos buenos pescadores de allá abajo—prosiguió señalando—me recogieron y me han cuidado; siento no podersele agradecer.

—¡Ah!—pensé yo—. He aquí un hombre de mi cuerda. ¿Por qué tenía usted deseos de ahogarse?—le pregunté.

—Porque allí—dijo extendiendo sus brazos con apasionado y desesperado ademán—, en aquella azul y risueña bahía está mi alma... todo lo que yo quería en este mundo y por lo que deseaba vivir.

—Bueno, bueno—dijo—, mucha gente parece todos los días y no hay que compungirse por ello. Sabrá que está usted en tierras de mi pertenencia, y, por lo tanto, cuanto antes salga usted de ellas, mejor. Ya tengo bastante engorro con uno de ustedes.

—¿Uno de nosotros?—exclamó.

—Sí, y además le estaré doblemente agradecido si se la lleva.

Me miró como no pudiendo creer lo que le decía, y corrió frenéticamente por la playa hasta llegar a mi casa. En mi vida he visto correr con tal ligereza. Le seguí con toda la rapidez posible, furioso ante aquella invasión; pero mucho antes de que llegara yo a casa ya había él abierto la puerta. Oí un gran chillido y, según iba llegando, una voz bronca que hablaba muy alto y rápidamente. Cuando miré hacia el interior estaba la joven Sofía Ramusine agachada en un rincón con expresión de terror en todas las líneas ocultas de su cuerpo y en todo su semblante. El, con los brazos abiertos, temblaba de emoción y profería frases apasionadas con ímpetu torrencial. El entrar yo se aproximaba a la mujer, que dió un chillido.

—¡No faltaba más!—dije, separándole de ella—. ¿Qué significa esto?

—Perdóneme, señor—dijo—. Esta mujer es mi esposa y temía que se hubiera ahogado. Usted me vuelve a la vida.

—Y usted ¿quién es?—le dije bruscamente.

—Soy el hombre del Archangel—me contestó con sencillez—. Un ruso.

—¿Cómo se llama?

—Ourganeff.

Pero Sofía Ramusine no es suya, no lleva sortija.

PARA CAMAS DORADAS

CALLE DE ATOCHA, NUMEROS 8 Y 10

PARA MUEBLES
DE TODAS CLASES

ATOCHA, 8 y 10

PARA BARATURA Y SOLIDEZ
DE LOS ARTICULOS DICHOS

ATOCHA, 8 y 10

FABRICA: SEGOVIA, 29. — MADRID

LEOCADIO



Sastre de Señora y Caballero
Uniformes Militares y Civiles

FUENCARRAL, NUMERO 30 MADRID

MUEBLES

LA CASA APOLINAR hace grandes rebajas e invita a su numerosa clientela a visitar su exposición: INFANTAS, 1

—Somos marido y mujer ante el cielo—dijo mirando hacia arriba—. Estamos obligados por leyes más altas que las de la tierra.

Y mientras hablaba fué aproximándose la joven y me estrechó una mano como pidiéndome protección.

—Entrégueme mi esposa, caballero—me decía—, dejémela llevar.

—Atienda.... Usted, ¿cómo se llama?—díjele imperiosamente—. No me hace falta esta joven para nada; desearía no haberla visto nunca; si se hubiese muerto no lo habría sentido lo más mínimo; pero entregársela, cuando evidentemente le teme y le desprecia, no lo haré nunca. De modo que ya puede usted salir de aquí y dejarme tranquilo con mis libros.

—¿No me la entrega usted?—dijo sordamente.

—Primero le veré en el infierno—respondióle.

—Supóngase que me la llevo—gritó cada vez más sombrío.

Toda mi sangre de tigre hirvió, y cogiendo una astilla de junto al fuego:

—Váyase, váyase pronto—le dije en voz baja o lo

Me miró un momento resueltamente y salió de la habitación de sentir.

En la puerta se volvió y dijo:

—Tenga cuidado con lo que hace; la mujer cea es mía y ¡será mía! Veremos si cuando llegue la hora no vale tanto un ruso como un escocés.

—¡Veremos!—le grité yendo hacia él—. Cuando salí ya se había internado en la obscuridad. Un mes o más pasó tranquilamente, sin hablar yo a la joven

TOMAS AGUILERA

SUCESOR DE VIUDA E HIJOS DE NADAL

Fabrica de Galones y Cordones para el Ejército
Especialidad en Forrajeras.—Galones para la Real Casa y ordenes militares.—Despacho y Talleres General Pardiñas, 4. MADRID.—Teléfono S. 7-07

LLEVE UN RETRATO BIEN HECHO EN
— SU CARTERA —

TRES RETRATOS PARA CARNET, 2 PTAS.

COMPANY, FOTÓGRAFO

Fuencarral, 29.—MADRID

ZACARIAS HOMS

PROVEEDOR DE EQUIPOS

MILITARES

Fuencarral, 55 Madrid Teléfono 583

Apartado de Correos número 588

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,

CEPILLERÍA, ESPONJAS

y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO

ESTABLECIMIENTO DE JORDANA

Príncipe, 9.-MADRID. Teléfono 4.038

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BANDERAS PARA REGIMIENTOS.—PAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHARRERAS, DRAGONAS Y HOMBRERAS.—CASCOS, GORRAS Y ROSETAS.—CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.—BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINOS, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

PEDRO ANDION IMPERIAL, 8 Y 16. Y BOTONERAS, 8 TELÉFONO 14-87 M

Lonas para toldos y cortinas.—Lencería, cutíes y terlices para colchones.—Saquerío para envases de lanas y cereales.—Cordelería y tramillas.—Yutes para enfardaje.—Mantas, colchas y géneros blancos.—Gutaperchas.—Lanillas para banderas

rusa ni ella tampoco a mí. Algunas veces entraba en mi laboratorio y se sentaba mirándome con sus ojos hermosos. Al principio me molestaba aquella intrusión, pero viendo que no procuraba desviar mi atención, la dejaba allí sin preocuparme. Envalentonada por aquel convencimiento fué aproximando el banquillo hacia mí, poco a poco, hasta que ganando terreno cada día llegó a sentarse a mi lado resueltamente, y cuando yo trabajaba llegó a serme muy útil,

pues sin estorbarme en nada me alcanzaba los tubos de ensayo, los frascos, la pluma, sin desmayar un momento. Yo, considerándola un autómatas más que un ser humano, llegué a acostumbrarme a ella de tal modo, que la echaba de menos si no estaba en su puesto. La joven debía tener buena memoria, pues como yo tengo la costumbre de nombrar en alta voz lo que voy escribiendo, llegó a repetir en seguida toda palabra que yo dejaba escapar de este modo, aunque,

JESUS MARTINEZ

- ESPECIALIDAD EN GORRAS DE PLATO -
— — Roses — CHACOTS Y KALPAIS — —
Mayor, 57, MADRID. (Frente al café de Platerías)

TROUSSEAU

para Partos y Operaciones de todos modelos, adaptables a la posición social de los clientes.

FARMACIA BARRON
SAN MARCOS, NUM. 6 - MADRID

MENA
FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Roma)

Tres carnets para identificaciones y pesetas
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme
que se desee para cuartos de banderas y
estandartes a 25 ptas. Novedad fotográfica,
33 calcomanías para aplicarse en
papel, cartas, cintas, esmaltes 5 pesetas

Admón. de Loterías núm. 16.—P. de Santa Cruz, 2
Su administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultramar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan acompañados de su importe

AVISO: La casa que más paga oro, plata, platino, dentaduras, alhajas y papeletas del monte. Plaza de Santa Cruz, 7 (Platería)

BLANCO HUECAS

para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más utilizado y el más económico. Libretas de tiro y fascículos
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas
Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

R. FERNÁNDEZ ROJO, GRABADOR
Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases
Teléfono, M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

CASA HERNANDO
MAYOR, 29
Teléfono, 24-85 M

Venta de toda clase de máquinas de escribir. Reparaciones muy económicas, accesorios de toda clase. Cintas, papel carbón, tampones y efectos de escritorio. Se hacen abonos para Madrid y provincias. Presupuestos gratis

Sastrería militar y paisano

— FABRICA DE PAÑOS EN BEJAR —

NORBERTO GARCIA DE LA VEGA

— UNIFORMES CIVILES Y MILITARES —

VENTA A PLAZOS A LOS INSTITUTOS DE LA GUARDIA CIVIL Y CARABINEROS

CALLE MAYOR, 86 DUPLICADO - MADRID

naturalmente, sin comprender lo que significaban. A menudo me hacía sonreír viéndola ensartarle una serie de vocablos químicos a Margarita, terminando en carcajadas al ver que la vieja meneaba la cabeza creyendo que la otra hablaba en ruso. Nunca se extendió mucho en sus paseos y no transpuso el umbral ni una sola vez sin asegurarse antes, mirando por puerta y ventanas, de que no había nadie alrededor, temiendo sin duda que su paisano rondara aquellos lugares para llevársela. Tomó una precaución además muy significativa: tenía yo un revólver viejo y algunos cartuchos y tiré todo a la basura; lo vio ella, y recogíendole en seguida, le engrasó y le colgó de su puerta. Cuando yo salía, y a pesar de sus ruegos no la llevaba conmigo, cerraba la puerta con cerrojo y cogía el revólver. Aparte de estas aprensiones, parecía feliz, ocupándose en ayudar a Margarita cuando no a mí. Era diestra y arreglada para todo cuidado doméstico.

No pasó mucho tiempo sin que me convenciera de que sus sospechas eran fundadas, y que el hombre del Archangel estaba todavía en la vecindad. Estando una noche intranquilo, me levanté y miré por las ventanas; el tiempo estaba nublado y no pude distinguir la línea del mar y la sombra de mi lancha sobre la playa. Sin embargo, según miraba fueron acostumbrándose mis ojos a la obscuridad y noté que había otra mancha oscura precisamente enfrente de la casa, que, seguramente, no estaba otras noches. Huyeron unas nubes, y al brillar la luna clara y hermosa, ví que la sombra aquella era el ruso, sentado en la playa, como un sapo gigante, sobre sus piernas dobladas, a estilo de Mongolia. De nuevo contemplé la nariz aguileña, el surco de su frente y la barba puntiaguda que marcaba su natural apasionado. Mi-

raba a las ventanas del cuarto donde dormían Sofía y Margarita; mi primer impulso fué el de matarle, pero reflexionando, opté por la compasión y el desprecio. —¡Pobre loco!—pensé—; ¿es posible que usted, un hombre que mira erguido a la muerte, pueda ocupar su pensamiento entero en esa niña desgraciada, niña que huye de su lado y le detesta? ¡Cuántas mujeres le querrían sólo por su bella cara morena y su fornido cuerpo, y sin embargo va persiguiendo a quien nada quiere con usted!— Volviendo a mi cama me reí de él; yo estaba seguro de que mis cerrojos eran fuertes y mis cerraduras resistentes, así es que aquel ser extraño podía pasarse la noche a mi puerta, si ese era su gusto, con tal de que ya no estuviese por la mañana; y en efecto, al levantarme ya no estaba allí ni había dejado huellas de su permanencia. No tardé mucho, sin embargo, en volverle a ver; fuí una mañana a dar una vuelta en mi lancha, porque me dolía la cabeza, efecto de los vapores de un líquido con el que había experimentado, y de estar continuamente con la cabeza baja. Recorrí algunas millas de la costa, y, sintiendo sed, salté a tierra, donde yo sabía la existencia de un arroyuelo.

Este arroyuelo pasaba por mis dominios, pero el manantial donde yo me encontraba no era ya de mi propiedad. Bebí, y al levantarme, cual no sería mi sorpresa al encontrarme cara a cara con el ruso. En aquel momento era yo tan intruso como él, y esto lo ví bien expresado en su semblante.

—Deseo hablar con usted dos palabras—me dijo gravemente.

—Dese prisa, pues—le respondí, mirando mi reloj—; no tengo tiempo de escuchar habladurías.

—Habladurías! Bien. Ustedes, los escocés son hom-

Hijos de Rubio

Gorras, Roses, Chacots y Kalpak para el Ejército

49, Mayor, 49, MADRID. Esquina al Arco del Triunfo

CASA OCHOA

ATOCHA, 7 - MADRID

— RADIOTELEFONIA —
MATERIAL ELÉCTRICO

Accesorios y aparatos de galena y lámparas

5% descuento a militares y suscriptores de ARMAS Y LETRAS

¡SEÑORES MILITARES! VISITAD EL HOTEL "ALFONSO XIII"

Propietario: Justo Gómez Pérez :: TELEFONO EN TODAS LAS HABITACIONES :: Departamentos para familias

Avenida de Pi y Margall, 12 (segundo trozo de la Gran Vía) -- MADRID -- Teléfonos 11-41 M. y 24-78 M.

— SUCURSAL EN SAN SEBASTIAN: E A S O , 4 , PENSION DE LA CASA SAN JOSE —

bres raros; vuestro semblante es duro y vuestras palabras rudas; pero yo he podido ver que esos pescadores son cariñosos y de fondo honrado; quizá usted sea bondadoso como ellos, a pesar de la aspereza aparente.

—¡Vaya al diablo!—le grité—; dígame lo que haya de decirme y siga su camino; me molesta su presencia.

—Quizá pueda evitarlo—exclamó, sacando de su bolsillo una cruz griega—. Mire, nuestra religión puede ser diferente en las formas; pero al menos tenemos algunos pensamientos comunes cuando miramos este emblema.

—No estoy seguro de eso—le contesté.

Y él, mirándome pensativo: —Es usted un hombre raro—me dijo finalmente—. No le puedo comprender. Está usted entre Sofía y yo, y le advierto, caballero, que es una posición peligrosa; créame antes de que sea demasiado tarde. ¡Si usted supiera cuánto he hecho por ganarme esa mujer y cómo he expuesto mi cuerpo y he perdido mi alma! Usted no es para mí más que un pequeño obstáculo en comparación con los ya vencidos. Bastaría una cuchillada o una pedrada en la cabeza para quitarle a usted de en medio; ¡pero Dios me libre de hacerlo! Soy en extremo franco y se lo digo: cualquier cosa haría antes que eso—exclamó salvajemente.

—Lo mejor que podría usted hacer es marcharse a su país y no andar perturbando mis placeres. Cuando yo esté seguro de que usted se ha marchado entregaré la mujer esa al cónsul de Rusia en Edimburgo. Hasta entonces la guardaré, sin que usted, ni moscovita viviente, la lleve de mi lado.

—¿Y qué objeto tiene usted al defender a Sofía de mí?—preguntó—. ¿Se figura usted que yo la haría daño? No lo crea; yo daría mi vida por librarla de todo mal. ¿Por qué hace usted esto?

—Porque me place hacerlo. No doy a ningún hombre razones de mi conducta.

—Escuche —gritó furioso y avanzando hacia mí con semblante descompuesto y los puños amenazadores—. Si usted tuviera algún pensamiento deshonesto hacia esa joven... si por un momento me per-

suado de que la detiene por miras rastreras, tan cierto como hay Dios que le arranco a usted el corazón con estas manos. —Estaba frenético moviendo las manos convulsivamente.

—¡Fuera!—grité echando mano a mi revólver—; cuidado con poner un dedo sobre mí.

Se llevó la mano al bolsillo, y por un momento creí que buscaba un arma; pero sacó un cigarrillo, y encendiéndole, aspiró con avidez. Sin duda había experimentado que aquél era el método mejor para tranquilizar sus pasiones.

—Ya le he dicho—prosiguió con voz más tranquila—que mi nombre es Ourganeff... Alexis Ourganeff. Soy finlandés de nacimiento, pero he pasado mi vida en todas partes del mundo; no puedo estar tranquilo ni llevar una existencia tranquila. Llegué a ser propietario de un barco, y no hay puerto desde Archangel a Australia donde yo no haya entrado. Soy fuerte, salvaje y libre.

"Un hombre atildado, de manos blancas, acento meloso, talento para las ideas pequeñas, poseedor de esa presunción que engaña a las mujeres, me robó con sus manejos e intrigas el cariño de esa niña a quien yo siempre había amado mucho más que a mí mismo y que en aquella época parecía inclinada a corresponderme. Cuando volví de un viaje que hiciera a Hammerfest buscando marfil, supe que se estaba celebrando en aquel momento la boda de esa niña con aquel hombre de mala ralea. En aquellos momentos perdí la cabeza; desembarqué con todos los marineros de mi barco, hombres que habían sido inseparables míos durante muchos años, fieles y férreos... Fuímos a la iglesia: estaban los dos ante el sacerdote; pero no se había consumado la ceremonia. Me eché sobre ellos, y cogiéndola por la cintura salí, mientras mis hombres luchaban con la comitiva.

"La llevamos a bordo, y levando anclas cruzamos el Mar Blanco. Ella quedó dejada con toda comodidad en mi camarote y yo me fuí a dormir con los marineros a proa; esperaba que con el tiempo no me rechazaría y podríamos casarnos en Inglaterra o en Francia. Días y días anduvimos, pasamos a la

NETOS DE JUAN MEDINA Casa fundada en 1850

Barcelona: Rambla del Centro, 37. Madrid. Preciados, 21
Teléfono, 2889 A. Teléfono, 35-15 M.

Bordadores efectivos de la Real Casa, Primera en su clase en España. Manufacturas de Bordados, condecoraciones, roses, cascós, gorras, corrajes, galones, botones, espadas e insignias y distintivos de todas clases para el ejército, armada y corporaciones civiles, Banderas, y Estandartes para el ejército, Marina, asociaciones, colegios, orfeones, edificios públicos y para consulados nacionales y extranjeros, así como escudos heráldicos para balcones y fachadas, bandas, fagines, medallas bastones de mando, borlas, etcétera, etcétera.

vista de Cabo Norte y estábamos ya en las costas de Noruega, sin que ella, a pesar de las atenciones, me perdonara el haberla arrancado de su amado de cara pálida. En esto vino la maldita tempestad que destruyó el barco y mis esperanzas, privándome de ver a la mujer por quien tanto he arriesgado... Quizás llegue aún a quererme—añadió con tristeza—. Usted, caballero, que parece haber visto mundo, ¿qué opina? ¿Llegará a quererme?

—Estoy harto ya de su historia—le respondí, marchándome—. Opino que no tiene usted firme la cabeza. Si usted cree que le pasará la manía, diviértase lo que pueda hasta entonces; si cree que siempre seguirá igual, degüéllese, pues no tiene otra solución mejor al asunto. No tengo más tiempo que perder en esta historia.

Con esto eché a andar hacia mi lancha, sin mirar para atrás, pero oí el ruido de sus pisadas que me seguían.

—He contado a usted el principio de mi historia; ya sabrá usted algún día el desenlace, y como hace muy mal en no soltarla..

No le respondí; empujé mi lancha, y cuando volví la cabeza, recorrido ya algún trecho, me miraba de pie sobre la arena, pensativo; a los pocos minutos volví a mirar y había desaparecido. Por largo tiempo después fué mi vida tan monótona y uniforme como lo era antes de la catástrofe del barco. Llegué a creer que el hombre del Archangel se había marchado, pero huellas de pies en la arena y sobre todo un montecillo de ceniza de cigarro que descubrí en un monte desde donde se veía mi casa, me avisa-

~ GRAN SASTRERIA ~ de Lucas González EXCORTADOR DE F. BLANCO

En esta sastrería se confencionan toda clase de prendas Militares y de Magistratura, lo mismo que de paisano, a precios módicos.—Confección esmeradísima.—A los Sres. militares 10 % de descuento
Costanilla de los Angeles, 10, 1.º - Madrid

ron de que, aunque invisible, estaba por los alrededores. Mis relaciones con la niña rusa seguían igual que antes. La vieja Margarita sintió al principio celos de su presencia, temiendo perder su autoridad. Pero como fué viendo que me era indiferente la joven, se conformó y se aprovechó de ella, pues según he dicho, efectuaba gran parte de los servicios domésticos.

Y voy a llegar al fin de esta narración, que he escrito por entretenerme más que por otra cosa, a la terminación de este episodio extraño, en el que jugaron su parte principal los dos rusos, tan extraña y repentinamente inmiscuados en mi vida. La casualidad me libró de todas mis preocupaciones, dejándome una vez más solo con mis libros y estudios.

Permitid que os relate la conclusión. Había pasado una jornada de trabajo pesado y fatigoso; así que, al atardecer, decidía dar un paseo largo. Cuando salí de mi casa, me llamó la atención el aspecto del mar, sin una onda, como una superficie de cristal, tersa y limpia; pero el aire tenía ese susurro que me hacía el efecto según dije, de que los espíritus de todos los que dormían bajo aquellas aguas traidoras, pronosticasen desdichas futuras a sus hermanos de la vida. Las mujeres de los pescadores conocen bien ese zumbir errante, y al oírle, buscan con mirada ansiosa las velas que van llegando a tierra. Estaba el barómetro por bajo de veintinueve; supuse que se aproximaba una noche cruel, a pesar de que no había en el cielo nubes de importancia; el sol fué ocultándose y dorando las cimas de los pinos; ví un bergantín que se dirigía a tierra; sin duda su

GRAFICA UNIVERSAL

TRABAJOS DE LUJO - TALONARIOS

REVISTAS ILUSTRADAS

Y TODA CLASE DE IMPRESOS COMERCIALES

Evaristo San Miguel, 8 : : : MADRID

Casa Martin

SASTRERIA

Avda de Pº y Margall, 22, Enº

MADRID

IMPERMEABLES

DE TODAS CLASES Y FORMAS
SE HACEN A MEDIDA

:: :: ::

Hules, Linoleum, Gomas y artículos para limpieza

:: :: ::

MAXIMINO DE LOPE

CARRETAS 16.—MADRID

Teléfono, 46-24 M.

capitán había traducido las señales de la naturaleza lo mismo que yo.—Mejor es —pensé— que vuelva pronto a casa, porque puede si no cogerme el temporal en medio del camino. Estaría a una media milla de casa, cuando oí algo que me hizo escuchar atentamente. Mis oídos están acostumbrados de tal modo a los rumores de la naturaleza, que perciben desde mucha distancia cualquier ruido anormal. Era indudable que hacia la parte del arrenal se oía un llanto desesperado..., una desgarrada llamada de socorro. Corrí a mi casa con toda la rapidez posible, persuadido de lo que ocurría. Cuando llegué a la cima de un montecillo desde donde se distinguía la playa, descansé un momento, contemplando mi viejo edificio gris..., mi lancha, todo en el mismo estado en que lo dejara. Los gritos continuaban, y de pronto vi salir de mi casa al hombre ruso llevando en el hombro a la joven, y aún en medio de la precipitación parecía tratarla con ternura y respeto gentil. Oía los gritos y veía los esfuerzos de la niña para lograr espararse; los perseguía la vieja Margarita, como perro fiel que ya no puede morder, pero ladra al ladrón con su boca desdentada, tambaleándose y sin duda maldiciéndole con terribles juramentos escoceses. Comprendí que aquel hombre pensaba apoderarse de mi lancha, y corrí con la esperanza de llegar con tiempo de evitarlo, y colocando al mismo tiempo una bala en mi revólver, determinado a que aquella fuera la última invasión. Cuando llegué a la playa estaba ya distante bastantes metros remando con su potente brazo. Tuve un impulso loco de ira impotente. El se volvió, y al verme se levantó haciéndome una reverencia y saludándome con la mano, no con ademán triunfante ni decisivo, sino más bien dentro de mi furia lo reconocí como despedida aristocrática y solemne. El sol había descendido ya, marcando una línea roja sobre el agua que se desvanecía en el horizonte violáceo. Veíase la lancha cada vez más pequeña según se iba alejando, y al fin, envuelta por las sombras de la noche, vino a ser un punto en la soledad del mar. La escasa luz fue muriendo poco a poco y la obscuridad de la noche lo envolvió todo.

¿Por qué me paseaba por la playa como un lobo a quien robaron sus lobeznos? ¿Amaba acaso a aquella muñeca? ¡No, mil veces no! Mi corazón estaba intacto; era mi orgullo el herido, viendo que había

dado protección inútil a una indefensa que confiaba en mí; eso es lo que me enrojecía de vergüenza.

Paseaba aquella noche por la playa, furioso contra el ruso, sin atender las salpicaduras del mar y la lluvia que me mojaban. Y fumando en mi pipa, contemplando las olas, cerraba los puños, pensando:

—¡Si volvieras de nuevo, si volvieras!

Y, en efecto, volvió. Cuando la luz gris de la mañana fué iluminando el cielo y distinguí la superficie de las olas, volví a verle; a unos cuantos metros había un bulto obscuro, arrojado allí por las olas furiosas; un poco más allá medio cubría el agua una masa informe, mezclada con la arena y las algas; era el ruso, boca abajo, muerto. Entré en el agua y le llevé arrastrando hasta la playa. Unicamente al volverle descubrí que ella estaba debajo, abrazada a él, interponiéndose entre aquel hombre y las furias de la tormenta. El mar cruel había podido quitarles la vida; pero, aún con todo su poderío, no consiguió arrancar a él la mujer que tanto quiso. Indicios indudables me llevan a creer que en la horrible noche comprendió al fin la mujer aquella el verdadero cariño de aquel hombre fuerte que, con inmensa ternura, la conservó hasta la muerte. Supongo esto porque la cabecita de la niña descansaba cariñosamente sobre su pecho; porque su cabellera rubia le envolvía; por el rostro moreno del hombre sonreía con felicidad inefable, con satisfacción de triunfo, que ni la muerte pudo borrar; la muerte que, bien puede afirmarse en verdad, fué para él más dichosa que la existencia.

Entre mi vieja Margarita y yo los dimos sepultura en los arenales, a la orilla del mar... Podrá el mundo tejer extraños acontecimientos; podrán levantarse imperios y caer; perderse dinastías; guerras surgir; todo es indiferente para aquellos que duermen, uno en brazos del otro, eternamente, a la orilla del tumultuoso Océano. He creído a veces que sus espíritus vuelan con los genios de la bahía. Ninguna cruz, ningún símbolo marca la tumba; pero de cuando en cuando lleva flores silvestres la vieja Margarita, y al pasar yo por allí en mis paseos solitarios diariamente, pienso en aquella extraña pareja que vino de muy lejos a romper fugazmente la tristeza monótona de mi vida sombría.